



# CODIGO CRIMINAL

UN THRILLER DE  
**DAVID  
RIBAS**

# ALFREDO DE BRAGANZA

# **CÓDIGO CRIMINAL**



**ALFREDO DE BRAGANZA**

Título: *Código Criminal*  
© 2020, Alfredo de Braganza

Del diseño de la portada y edición: Alfredodebraganza.com

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Redes sociales del autor:

[Amazon](#)

[Instagram](#)

[Facebook](#)

[Twitter](#)

[Goodreads](#)



Suscríbete a mi lista de correo para obtener una copia GRATIS de *El operativo* y mantenerte informado sobre noticias y futuras publicaciones. Haz clic [AQUÍ](#)

# Contenido

## Primera Parte: Un Espía En La Embajada

1  
2  
3  
4  
5  
6  
7  
8  
9  
10  
11  
12  
13  
14  
15

## Segunda Parte: El Engaño

16  
17  
18  
19  
20  
21  
22  
23

## Tercera Parte: El Monumento Funerario

24  
25  
26  
27  
28  
29  
30  
31  
32  
33

## Nota del autor

*A Ariam y Dino, con cariño*

*Si montas a lomos de un escorpión, debes esperar que te pique.*

(Anónimo)

**Primera Parte**  
**Un Espía En La Embajada**

# 1

Una esfera estroboscópica de estilo de los años setenta giraba sobre la pista de baile. La discoteca estaba llena de gente. Parapetado tras su cristal, el *disc jockey* pinchaba una mezcla de canciones de películas clásicas de Bollywood con modernas de música electrónica.

Jaime Herrero escrutó el ambiente. Había un grupo de chicas jóvenes altas, flexibles, parecían modelos. De hecho, estaba seguro de que lo eran, tenían cuerpos de infarto. Como estrategia de *marketing*, los hoteles de cinco estrellas de Nueva Delhi promovían a agencias de modelos femeninas a invitar a sus representadas a sus piscinas, pero también a las discotecas, para llenar el ambiente con guapas y atractivas mujeres.

Desde que había llegado a Nueva Delhi para ocupar el cargo de agregado cultural en la embajada española no había visto mujeres de ese tipo. «Menuda cosecha», se dijo apoyándose en la barra.

Aquel era el nuevo orden en la India. Un país moderno en el que se fundía lo occidental con lo oriental.

Fuera del hotel de cinco estrellas, podría encontrar la miseria más putrefacta, y en el interior, el lujo más fatuo. «Qué extraña que es la India».

Pidió una cerveza Kingfisher. «Muy fría, por favor», dijo al barman, alzando la voz debido al volumen altísimo de la música que hacía que incluso en algunos momentos le vibrase el pecho.

Aquel sábado había participado en un pesado y somnífero simposio sobre la historia de la literatura india. Nada más llegar a su apartamento, se encontró con la necesidad de salir, de despejarse. Al día siguiente comenzaban sus vacaciones y el vuelo a España lo tenía reservado para la tarde. Se duchó, se cambió de ropa, cambiando el traje y la corbata por ropa más juvenil y moderna, se hizo un sándwich, que devoró conforme bajaba al *parking*, y condujo con su coche oficial a la conocida discoteca Privee Club del hotel Shangri-La's Eros.

Degustando su cerveza, Jaime Herrero disfrutaba observando el ambiente alegre y juvenil. Al ritmo de parpadeantes luces de colores, en la pista de baile la multitud de cuerpos se contoneaba al son de la música electrónica y disco. La gente cantaba a grito pelado estribillos de una canción en hindi, al tiempo que reían.

Un grupo de *sijis* saltó a la pista. La escena le pareció jocosa al español, que sacó su teléfono móvil y grabó a los jóvenes con turbante moviéndose como si fueran modernos John Travolta en *Fiebre del sábado noche*. Él siempre quiso aprender a bailar. Desde muy joven disfrutaba viendo las películas de Gene Kelly que ponían los fines de semana durante la sobremesa en el canal público de la televisión española.

Una joven india se acercó a él y le preguntó si quería bailar. No era muy guapa, pero iba vestida de modo atractivo; un top rojo y unos pantalones estampados de flores. Jaime aceptó con una sonrisa y un «¿por qué no?». «Un poco de vigoroso ejercicio no me vendría mal», se dijo a sí mismo mientras ella le cogía de la mano y se iban a la pista de baile.

Jaime comenzó a moverse torpemente. Nadie parecía fijarse en él. «Y qué más da. Al fin y al cabo, no seré el único que hace el ridículo. Un ridículo sano. En España ya hubiesen surgido lo comentarios despectivos, señalando con el dedo, y las risas hirientes».

La chica le sonreía y le animó a adentrarse un poco más en la masa giratoria de gente bailando.

Jaime se encogió de hombros, haciendo saber que le parecía bien. «Qué más da, si mañana a esta hora estaré en España, a miles y miles de kilómetros de aquí, disfrutando de unas vacaciones bien merecidas».

Se atrevió a mover con más desenfado brazos y piernas. «Venga, ánimo, Jaime —se dijo—. Nadie te recordará el ridículo que hiciste en la pista de baile de la discoteca Privee Club del hotel Shangri-La's Eros».

El consumo de cerveza le había hecho estragos en los riñones. Tenía ganas de vaciar la vejiga. Por encima de la cabeza de varias personas vio el símbolo de los servicios.

—Ahora vuelvo —dijo a la joven señalando el lateral semioscuro donde se veía el signo en neón de los servicios de caballeros.

La chica asintió alegremente sin dejar un momento de contonearse.

Jaime maniobró hasta salir de la pista, caminó entre las mesas y fue directo al pasillo que indicaba la señal. Bajó unas escaleras y caminó por otro pasillo revestido de madera. Una puerta indicaba con un vector de hombre que era el servicio de caballeros. Jaime entró.

Orinó y fue a lavarse las manos. Frente al espejo, mientras se enjuagaba, vio que el hombre que tenía a su lado sacaba una jeringuilla e hizo amago de clavársela en el cuello. Jaime hizo una finta esquivando su mano. El hombre blandió la jeringuilla como si se tratase de un cuchillo. Un joven sij entró en el servicio, quedándose estremecido por la escena. Entonces el atacante echó una mano a la espalda y sacó una pistola, momento que aprovechó Jaime para situarse detrás del sij, abrir la puerta y salir corriendo.

Cuando cruzaba el pasillo escuchó una detonación producida dentro de los servicios. Se estremeció. Una expresión de horror apareció en su rostro. Se tropezó con el primer escalón de las escaleras.

—¡No! ¡No! —exclamó en voz alta, levantándose de un salto.

Corrió hacia el interior de la discoteca. El horror se transformó en desesperación, abriéndose paso a empujones. Iba a alcanzar la salida situada al otro extremo del local cuando sintió un fuerte impacto en la cabeza. Un disparo había acabado con su vida.

## 2

Aquella misma noche, a esa misma hora, Agustín Cortázar se encontraba con un empleado indio de la embajada española en Nueva Delhi, en el local Dabaang Delux, en el límite entre el estado de Delhi y Uttar Pradesh.

La música estridente parecía que saliese de un radiocasete. Todo parecía casero.

Aquel sábado por la noche Sudeep Agarwal había llevado al joven español a conocer un espectáculo donde los hombres echaban billetes a las bailarinas.

Repantingado en su silla, Agustín no dejaba de reírse de la absurdidad de aquel espectáculo.

El español se lo había pedido desde hacía tiempo, pero Sudeep argumentaba que esos espectáculos eran ilegales, y que mejor se fuera al Mall y se tomase una cerveza tranquilamente en un lugar limpio y con buena gente, como el bar habitual al que iban los becarios españoles de la embajada, como el Ruby Tuesday en Connaught Place.

Agustín Cortázar llevaba cinco meses trabajando como becario en la sección consular y estaba convencido de que en la Cámara de Comercio de su comunidad autónoma no le renovarían por otros seis meses. Por este motivo Sudeep accedió, pero con la promesa de que no se lo dijera a ningún español de la embajada. De este modo, Agustín les dijo a sus compañeros de apartamento que se iba al cine y que más tarde cenaría en Old Delhi en un puesto callejero: comida típica india y deliciosa hecha en barbacoas o *tandoor*.

Habían quedado en un punto de encuentro y, desde allí, con Sudeep conduciendo su moto, habían llegado al local que ocupaba tres plantas de un edificio cubierto de cables y anuncios de todo tiempo de productos a la venta.

Era una edificación dentro de una zona llena de comercios. Había tanto ruido en la calle que el volumen de la música que hubiera en el interior pasaba desapercibido.

—Tú no hables. No digas nada. Ya de por sí tienes aspecto de musulmán —le dijo aparcando la moto.

—¿Me tomas el pelo? —preguntó Agustín sin evitar reírse.

—Si se enteran de que eres extranjero esperaran de ti que gastes todo el dinero que llevas contigo.

—Bueno, no llevo mucho.

—Pues entonces, mejor no abras la boca —terminó de advertirle mientras subían las escaleras—. Y ni se te ocurra sacar el móvil y grabar como si fueras un turista en un local de estriptis de Las Vegas.

El interior del local era cochambroso. Había cables eléctricos pelados que colgaban de todas partes. El suelo estaba levantado en algunas zonas, y el joven becario había visto ya dos ratas corriendo de un lugar a otro.

Una vez que se sentaron en una mesa, Sudeep pidió unas cervezas y contemplaron el espectáculo.

Para el español, las jóvenes bailarinas le parecieron de las indias más feas que había visto, pero no vulgares; vestían con trajes elegantes. Podrían pasar incluso por bailarinas de una película de Bollywood de bajo presupuesto.

La verdad es que no era lo que se había imaginado: ver a jóvenes indias con cuerpos perfectos

contoneándose en posturas que le despertarían la imaginación, como hizo la primera vez que vio un libro ilustrado sobre las posturas del Kamasutra.

En la mesa de al lado, un indio con una barriga enorme y con pinta de comerciante silbaba estruendosamente mientras que su compañero tiraba billetes al aire en dirección a una bailarina cargada de peso que movía sus caderas al son de la música hindi. El español se tapaba la cara riéndose a más no poder de lo cutre que le parecía todo aquello.

—¿Y ya está? —preguntó Agustín a Sudeep en voz baja.

—¿Cómo que si ya está?

—Hombre, ¿luego no hay...? —Y se rio—. Ya me entiendes.

—Agustín —contestó frunciendo el ceño—, te dije que esto no es un burdel. Aquí, en el norte, no tienen mucho glamur, pero en Bombay estos espectáculos son más sofisticados. Aun así, siguen siendo ilegales.

—¿Por qué?

—Porque la mayoría de estas chicas están forzadas a hacer esto. Las traen de los interiores de la india para bailar delante de hombres. A muchas incluso las fuerzan a prostituirse.

—Venga ya, hombre. Lo que tengo ganas es de emborracharme, quitarme la camiseta y salir a bailar.

—Ni se te ocurra, que nos echan a palos. Ya sabía yo que había sido mala idea traerte. Como se entere el señor Federico Villa...

—Calla, calla, el agregado comercial está de viaje en Calcuta. Conociéndole, a esta hora estará en algún lugar con los pantalones bajados.

Dos hombres se situaron frente a ellos, tapándoles la vista de la pista de baile. Llevaban pantalones vaqueros y chaquetas de cuero. Sudeep pensó que eran policías de paisano, y que había llegado el momento de soltar el argumento plausible que tenía preparado para la ocasión: «Soy empleado de la embajada de España y he traído a este extranjero, que está realizando un trabajo sociológico sobre la situación de las mujeres. Hemos considerado hacernos pasar por clientes y de esta manera conocer *in situ* el terreno». Agustín ni se inmutó, pensaba que si llegara el caso tendría que enseñar su tarjeta de visita con el escudo de España encima de la frase Embassy of Spain.

—Os lo pasáis bien, ¿eh? —dijo uno de ellos mientras un tercer hombre, por la espalda, levantaba el mentón de Sudeep y le rebanaba el cuello con rapidez y adiestramiento, como lo hacían los vendedores de pollos matando al animal, al estilo halal.

La conmoción sacudió a Agustín Cortázar con tal violencia que lo dejó sin aliento. Él fue el siguiente.

### 3

En Madrid, como inspector general de Servicios del Ministerio de Asuntos Exteriores, a Santiago González no le había costado renunciar a la cerveza y al vino. El itinerario entre su residencia al trabajo y su rutina diaria llena de reuniones y eventos sociales, le habían hecho perder las ganas de beber por sí solas.

En cambio, ocupando el puesto de embajador de España en la India, esas ansias habían reaparecido con contundencia.

Nueva Delhi es considerada la ciudad con más sedes diplomáticas del mundo. Cada semana se suceden fiestas oficiales de celebración del día nacional de un país extranjero, recepciones y cualquier otro motivo plausible que implique el contacto entre extranjeros e indios y fortalecer lazos políticos y comerciales.

En esos eventos se come y se bebe, y Santiago se había excedido en el consumo de alcohol y comida, especialmente de dulces, durante los pasados meses.

Además, el clima sofocante de Nueva Delhi, y el letargo de su rutina diaria en la embajada, le había incitado a ingerir grandes cantidades de cerveza fría. Incluso no parecía que hubiera ningún problema en beberse diariamente una botella entera de vino.

Le había prometido a Carmen Losada, su mujer desde los últimos treinta y cuatro años, que se jubilaría tras su puesto como embajador en la India. A ella le repetía que sus ganas de ascender en el escalafón de la diplomacia fuera una buena prueba de su narcisismo y que a la hora de la verdad no había lugar para ella. ¿Por qué, si no, había aceptado su puesto en la India?

En Estepona, en Málaga, tenían un apartamento cerca de la playa. Desde que el invierno había tocado su fin en Nueva Delhi y había comenzado el caluroso verano, no había día que rememorasen los paseos en el cercano Puerto Banús de Marbella, las cenas en las terrazas, los baños en la playa y las partidas de cartas de la tarde. «Ya verás, pronto estaremos disfrutando de ese ambiente», le había dicho para animarla. «Quizá en septiembre nos pegamos una escapada de diez días».

Aquel domingo al mediodía, sentado en su lujosa residencia, Santiago leía los periódicos digitales en su ordenador portátil mientras degustaba un sabroso aperitivo y una cerveza fría antes de comer.

Aún no había trascendido a la prensa las noticias sobre la muerte de los españoles empleados en la embajada. La policía había puesto en la morgue los cuerpos de los fallecidos a la espera de los miembros del departamento de criminología, a quienes se les esperaba el lunes.

Al ser domingo, se acentuaba aún más la lentitud burocrática. No habían avisado a nadie. Más tarde, el gobierno de España exigiría explicaciones por este flagrante modo de actuar. Por su parte, el gobierno indio se escudaría en que los asesinatos habían sido tan crueles que merecían ser investigados de manera profesional antes de informar a la embajada de España.

En el salón de la residencia del embajador, el aire acondicionado estaba puesto a dieciséis grados y los ventiladores de techo estaban a una velocidad media. En las noticias nacionales indias se comentaba que aquel verano iba a ser el más caluroso de los últimos cincuenta años.

—Tráeme otra —pidió a su mujer, levantando la mirada de la pantalla de su ordenador.

—Será mejor que vengas ya a la mesa —le conminó Carmen—. Tenemos vino blanco

fresquito.

El embajador de Chile le había enviado a su residencia una caja de vino Errazuriz Las Pizarras Chardonnay.

—¿Fresquito, dices? Pues vamos allá.

Nada hacía parecer que se pudiese torcer la placentera vida que disfrutaban en la India. En la residencia tenían un sinnúmero de sirvientes para cada tarea. Carmen prácticamente no cocinaba, sino que daba las órdenes a los cocineros. La casa la limpiaban distintas personas, ya que las mujeres encargadas de la lavandería, por su estatus social y casta hindú, no eran las mismas que barrían y fregaban, a las que no se les permitía entrar en la cocina y mucho menos tocar los alimentos.

Tenían una preciosa piscina, un pabellón de piedra exterior para hacer barbacoas y fiestas con invitados selectos, casa de huéspedes, jardines verdes adyacentes, en fin, se sentían en su salsa en tan exclusivo y magno entorno.

Fue durante la comida cuando Santiago González comenzó a sentirse mal.

En un primer momento lo achacó al bochorno del clima. «Pero aquí se está climatizado. Ya de por sí parece que vivimos en un vivero», le contestó Carmen ayudándole a sentarse en el sofá. Nada le hizo sospechar que una señora del servicio había vertido unos polvos en la comida.

Su esposa aprovechó esta bajada física al hecho de que el clima extremo de la India no le sentaba nada bien y que haría bien adelantando su jubilación. Además, desde que había tomado posesión del cargo en la India, tenía tendencia a roncar por la noche. Ella le dijo que si no usaba una férula dental antirronquidos, se tendría que instalar en el cercano hotel Claridges. Él lo achacó de nuevo al clima e hizo instalar en el dormitorio un aire acondicionado Hitachi tan diminuto como efectivo.

Pero ahora su estado era distinto. Sentía que no podía respirar.

—Será mejor que te vea un médico, inmediatamente —sugirió Carmen—. ¿Llamo al número móvil de emergencia?

Cada fin de semana y en días festivos, los empleados de la embajada se turnaban en atender las veinticuatro horas el teléfono móvil de emergencia.

—No, no llames. Esto causaría cierto revuelo. Mejor llama al coche y vamos a la clínica privada de Panchsheel Park.

## 4

—Señor Santiago González —anunció un enfermero.

Santiago y su esposa se levantaron.

—Por medidas de seguridad, solo se permite ver al paciente —dijo el enfermero señalando a Carmen el asiento—. Si tiene la amabilidad de esperar.

Ella miró a su esposo y este asintió.

—Ya verás, ha sido la acidez —dijo él.

—¿De verdad no quieres que avise a la consulesa?

—¿Para qué alarmarse, querida? Salgo enseguida. Además, ella está embarazada, ¿para qué crear sobresaltos innecesarios?

El enfermero le indicó el pasillo y Santiago le siguió.

Entraron en una habitación moderna dotada de tecnología punta. Al fin y al cabo, era la mejor clínica privada de la capital.

—Deje la chaqueta sobre la silla —le indicó el enfermero— y tumbese en la camilla. El doctor viene ahora mismo.

—Estupendo —dijo jovialmente.

—El doctor tuvo que marcharse al quirófano para una consulta.

—¿No me diga? —dijo tumbándose en la camilla, que le pareció comodísima.

—Sí, están operando a un ministro y han requerido su consulta.

—Me parece muy bien. Espero.

No tardó la puerta en abrirse y entró un hombre delgado, alto, con barba negra y bata blanca.

—Doctor, el señor embajador de España —le presentó el enfermero.

Santiago iba a abrir la boca cuando el doctor alzó la mano.

—En primer lugar, quiero que se tumbe boca abajo.

Santiago pensó que era extraño, porque si le dolía el estómago, esta no era una postura apropiada, pero si lo decía, sería por algo. «Estos indios son muy raros, pero nunca se sabe por dónde te salen con una genialidad», pensó. Giró su rechoncho cuerpo y obedeció.

—Perdone, pero no es la espalda —se atrevió a decir al notar que le tocaba la piel—. Creo que la temperatura de Delhi no me sienta bien y me ha parecido que la tensión...

—Disculpe, pero soy yo el especialista —le interrumpió.

Santiago no estaba acostumbrado a comentarios impertinentes. Iba a replicarle, cuando sintió un pinchazo en un costado.

—Pero ¿qué hace? ¡Desgraciado! —dijo indignado mientras se giraba e intentaba levantarse—. ¿Cómo se le ocurre ponerme una inyección?

El doctor permaneció con la mirada fija en Santiago, guardando silencio.

—No debe preocuparse, señor embajador —intervino el enfermero.

—Ahora mismo me marcho de aquí y exigiré responsabilidades. —Intentó incorporarse, pero su cuerpo no le obedecía—. ¿Qué me han hecho? ¿Qué me han puesto?

—Será mejor que mantenga la calma —añadió el enfermero—. Todo irá bien. El doctor sabe lo que hace. Respire, aspire.

Santiago quiso gritar, pero su boca se había apelmazado; sintió una sensación pastosa. Quedó

tumbado boca abajo y la cabeza girada hacia un lado. Veía al doctor dando instrucciones al enfermero, pero no conseguía oír con claridad. Le dio la impresión de que no hablaban en hindi. «¿Urdu?», pensó.

Santiago había seguido unas clases de hindi impartidas por un experto profesor indio y había aprendido a diferenciar los distintos idiomas hablados en la India. No tuvo duda alguna de que aquellas dos personas hablaban en urdu. ¿Qué estaba pasando?

Quitaron el freno de seguridad a las patas de la camilla.

Santiago permaneció tendido mientras empujaban la camilla con ruedas. Salieron al pasillo. «Carmen, ¿dónde estás?». Vio puertas que se abrían y cerraban, a médicos y enfermeros y unos modernos cuadros de paisajes colgados en las paredes. «¿A dónde me llevan? ¡No pueden llevarme a quirófano sin haber firmado mi consentimiento!», se dijo a sí mismo.

Entraron en un ascensor. Bajaron. Se abrieron las puertas y lo sacaron con la camilla.

Vio que lo arrastraban hacia el *parking*. Se escuchó un sonido electrónico, el encendido de un vehículo con un mando a distancia, y después, una puerta corredera abrirse. Lo alzaron y lo introdujeron en el interior de una furgoneta sin ventanas. Sintió un nuevo pinchazo. Todo se volvió negro.

## 5

En Madrid, después de atravesar los controles de seguridad de la entrada, Laura García entró en el ascensor.

Con su aguda inteligencia y su energía sin fin, había sido catapultada hasta ocupar un puesto en la dirección del Cervantes, un servicio de inteligencia secreto cuyo nombre, deliberadamente ambiguo, estaba totalmente alejado de la verdadera naturaleza de su cometido.

Laura estaba acostumbrada a quedarse trabajando hasta altas horas de la madrugada cuando todos los demás del turno diurno se habían ido. Incluso en épocas de operaciones delicadas no iba a casa hasta la mañana siguiente, cuando los empleados volvían de nuevo a trabajar.

Había dedicado toda su vida al sector de la inteligencia. Había ascendido rápidamente y se le consideraba la sucesora más probable de Julián Fernández. Su puesto de responsabilidad en el Cervantes era bien merecido, se había tenido que esforzar el doble y había tenido que ser doblemente más dura que un hombre para llegar a ese nivel.

En aquella organización controlaban el tráfico de internet y todos los teléfonos que se propusieran espiar. Tenían analistas con sueldos millonarios que trabajaban diariamente con ordenadores buscando palabras clave, transmisiones y llamadas, cualquier cosa sospechosa la localizaban, la analizaban, la identificaban. Aquellos expertos analizaban absolutamente todo.

Tras pasar un control de iris, se abrió una puerta tras un chasquido metálico y recorrió varios pasillos sin ventanas.

En un lateral de la sala de operaciones había una habitación acristalada, construida a un metro por encima del suelo. Era «la nevera», como lo llamaban entre los empleados del Cervantes: un cuarto acristalado construido a pruebas de escucha. Junto a la puerta, había una bandeja donde se dejaba cualquier dispositivo electrónico, como los teléfonos móviles.

Dentro de aquella habitación estaba sentado Julián Fernández, director del Cervantes, y el indio Varun Grover, una de las personas más simpáticas que Laura García conocía; su paciencia era inagotable cuando no entendía algo relacionado con la tecnología informática.

Varun era el experto en informática. Si Laura se quedaba horas extra, él también lo hacía argumentando que la operación le provocaba insomnio. Para ambos, sus vidas privadas giraban alrededor del Cervantes: no había vacaciones, ni días festivos.

Laura tomó asiento.

Julián Fernández se limpió las gafas.

—Laura, vayamos directamente al grano. El embajador de España en la India ha sido secuestrado.

—¿Qué grupo o célula se ha hecho autor del secuestro?

Julián se puso las gafas e hizo una pausa para buscar la mejor manera de decir lo que explicó a continuación.

—La consulesa Marta Ruiz ha informado de que han recibido una nota exigiendo la retirada de las tropas españolas de Afganistán e Irak. Está firmada por el Estado Islámico de Irak y Siria. Si en una semana no han comenzado la retirada, haciéndola oficial, el séptimo día, a partir de hoy, matarán al embajador Santiago González.

—Varun, ¿podemos ver qué tienes? —preguntó Laura.

Los dedos del informático indio bailaron sobre el teclado como si no hubiera realizado otra cosa en su vida.

—Estas son las últimas imágenes del embajador.

En la pantalla adherida a la pared surgieron varias imágenes. Se le veía saliendo de su residencia y caminando despacio hacia su coche oficial junto con su esposa.

—¿Has investigado al conductor? —preguntó Laura.

Varun volvió a teclear en otra consola. Laura se dio cuenta de que aún le impresionaba verle pulsar las teclas tan rápido como si fuera un pianista y sin apartar los ojos de la pantalla. Al cabo de unos segundos apareció una imagen de un hombre junto con su descripción.

—El conductor es fiable —dijo Varun; introdujo una serie de comandos y accedió a varios servidores—. Su biografía, sus movimientos y sus contactos en su teléfono móvil lo demuestran. Tengo la lista de sus últimas llamadas y he escuchado varias de sus conversaciones. Debemos descartar su participación.

Varun se repantingó en su silla, apretó una tecla y los tres vieron las siguientes imágenes del embajador llegando a la clínica privada, hablando en recepción y subiendo al ascensor junto con su esposa. En la tercera planta, les hicieron esperar en una sala donde se vio al embajador entablar una discusión con su esposa. Ella parecía achacarle algo y él gesticulaba como si no diera importancia a la conversación. Después le dio a ella un cariñoso beso en la frente y ambos se rieron.

Un enfermero apareció, llamó al embajador y los dos fueron por el pasillo hasta entrar en una habitación. Su mujer se quedó sentada con el semblante preocupado.

—No se ve el rostro del enfermero —dijo Julián.

—Sin duda, conoce la ubicación de las cámaras y ha evitado ser grabado —añadió Laura.

—No es el único. Ahora veréis —añadió Varun.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Julián.

—Ahí dentro estuvo el embajador hasta que entró el doctor —dijo Varun pasando las imágenes hasta que se vio salir del ascensor a un señor alto con bata blanca. Entonces pulsó la tecla para visionar las imágenes con normalidad—. Y aquí llega el doctor, evitando también ser captado por las cámaras.

Vieron al hombre caminar cabizbajo por el pasillo, y al llegar a la altura de la sala de espera, giró levemente la cabeza para seguir adelante.

—Un momento. Para ahí —ordenó Laura—. Ha mirado hacia la esposa del embajador.

Varun paró y rebobinó.

—Sí, ha mirado de soslayo —afirmó Julián.

Aun teniendo la cabeza agachada, se podía percibir parte del rostro.

—Quizá pueda componer su perfil —dijo Varun—. Cogeré todas las imágenes captadas de él, frente, mentón, pelo... Analizaré el lenguaje corporal, altura, peso...

—Hazlo ya —dijo Laura interrumpiéndole.

—Si hubiera sido un hospital, habría mucha más seguridad interna —comenzó a decir Julián—, pero el embajador fue a una clínica, y aunque es privada, deja mucho que desear en cuanto a medios de seguridad. Claro está que no operan, y no esperan que un paciente sea admitido como pasa en un hospital. Por lo tanto, nadie puede suponer que un paciente que va a consultar una molestia vaya a desaparecer.

—¿Cómo hicieron salir al embajador? —preguntó Laura.

—Mirad.

Al cabo de unos minutos, el enfermero junto con el doctor, evitando las cámaras en todo momento, salieron de la habitación empujando una camilla en dirección opuesta a la sala de espera.

—Lo habrían sedado —dijo Laura.

Los vieron entrando en un ascensor interno para el personal. Cuando las puertas metálicas se cerraron, apareció la pantalla en negro.

—¿Y? —espetó Laura.

—Ya está —contestó Varun.

—¿No hay más imágenes? —preguntó Julián.

—No lo entiendo, ¿crees que hackearon las cámaras? —inquirió Laura—. ¿Por qué no lo hicieron con las otras?

—No pudieron hackearlas porque se habría encendido una alarma, motivo por el que tampoco cortaron cables —contestó Varun.

—¿Entonces? —preguntó Julián, impaciente.

—Yo estoy convencido de que desde que entraron con el embajador en el ascensor de carga hasta que lo sacaron del edificio, rociaron las cámaras con espray. No lo sacaron por la salida principal, situada en la parte trasera. Sacaron la camilla por una puerta lateral, lo introdujeron en un vehículo, seguramente una furgoneta, al menos que hubieran metido al embajador en un maletero de un coche, y aquí salieron —pulsó una tecla y de nuevo las imágenes cobraron vida. Se vio a una furgoneta de una marca de lavandería salir del *parking*.

—Todo esto ha requerido un plan increíblemente elaborado —aseveró Julián.

—Doy por entendido que me das esta noticia aquí porque quieres entablar una videoconferencia —dijo Laura.

—Así es.

—¿Con David Ribas?

Julián asintió.

—No hay nadie como él para un trabajo semejante. Los dos lo sabemos, Laura.

—Déjame encargarme de este asunto.

—No, aquí en Madrid tienes mucho trabajo.

—Julián, puedo viajar a la India con un equipo reducido. Una semana. Evitemos contactar con David Ribas. ¿Sabes que tendríamos que darle carta blanca para que se reúna con los empleados de la embajada? Primero tendríamos que convencerlo, y segundo, tendrías que crear una tapadera muy convincente para que en la embajada los empleados no sospechasen de él. Porque, en teoría, David Ribas no existe. ¿Qué pasaría si la consulesa u otro empleado saca una foto de él y la manda a España para cotejarla? Además de que las cámaras de seguridad internas captarían su rostro.

Julián Fernández reflexionó un instante.

—Podemos hackear todos los aparatos electrónicos de la embajada e incluso las cámaras de seguridad —sugirió Varun—. Y no quedarían pruebas de la presencia de David.

Laura soltó un bufido, quiso ignorar el comentario del indio.

—Julián, tú mismo lo has dicho, en España estamos en constante vigilancia con células terroristas y lobos solitarios, no podemos poner a nuestros empleados a invertir su tiempo en vigilar y hackear el sistema informático de la embajada en Nueva Delhi, mientras que aquí están a punto de hacer volar por los aires un supermercado o un centro comercial. Dame una semana.

El silencio se fue ahondando entre los dos.

Julián cogió un mando a distancia y lo dirigió hacia la pantalla plana situada al otro extremo de la mesa. La apagó. Dejó el mando sobre la mesa y por fin dijo:

—Una semana, Laura. Te doy como máximo una semana.

## 6

Federico Villa, agregado comercial de la embajada de España, deseaba llegar cuanto antes al hotel. Junto con un agente de compras indio, que le había hecho de traductor y guía, había visitado por tercer día la feria del textil de yute en Calcuta.

Quería familiarizarse con fabricantes bengalíes de productos de yute, como felpudos, bolsos y alfombras, para realizar una próxima misión comercial con empresarios españoles con la colaboración de la Cámara de Comercio de Madrid.

Se encontraba muy cansado. Después del primer día de la feria, al regresar al hotel había disfrutado de media hora de deporte en el moderno gimnasio. El segundo día se había dado un masaje y más tarde se fue al bar a tomar una cerveza. Ahora, al cumplir el tercer día, tan solo pensaba en tomarse un baño, pedir una cena ligera al servicio de habitaciones, meterse en la cama con el aire acondicionado bien graduado y ver la televisión hasta quedarse dormido.

Desde Nueva Delhi había recibido una llamada de la consulesa, Marta Ruiz, informándole de los últimos trágicos acontecimientos y aconsejándole que tomara las debidas precauciones. No salir del hotel era una prioridad y adelantar su regreso era lo más sensato. De este modo tenía previsto regresar a Nueva Delhi en el primer vuelo del día siguiente.

Federico introdujo la tarjeta por la ranura de la puerta y la abrió. Entró en la habitación, dejó a un lado su pesado maletín cargado de catálogos y folletos. El aire acondicionado estaba perfecto. Hacía un fresquito ideal. Se quitó los zapatos y se fue al baño. Abrió el grifo y graduó el agua hasta que salió templada, puso el tapón y añadió medio bote de sales a la bañera.

Mientras se iba llenando, fue a la entrada, cogió de su maletín su tableta, se desnudó y se metió de nuevo en el baño. Dejó la tableta en un rincón del suelo, sobre la alfombra de algodón grueso. Cerró el agua fría, dejó correr un poco más el agua caliente y se sumergió en la bañera con rostro de placer. El agua estaba templada, en su punto. Echó la cabeza hacia atrás y suspiró. «Esto es estado de nirvana, y lo demás, tonterías. Lo que no quieren hacer saber esos vendedores de humo de meditación y yoga. Qué gozada. Qué mejor que un simple baño con sales para relajar el cuerpo».

Cogió la tableta con cuidado que no se mojase y comenzó a leer las noticias de España en los periódicos digitales. Leyó con absoluta sorpresa las noticias relacionadas con los asesinatos de los empleados de la embajada. Recordaba con agrado al becario Agustín Cortázar, siempre alegre y contando chistes. Del agregado cultural no podía decir lo mismo: le había resultado una persona reservada, y en ocasiones, fría.

De repente, oyó que se cerraba la puerta principal. No, no podía ser, igual era la de la habitación de al lado. Pulsó *play* en la tableta y una música clásica comenzó a sonar: un concierto para violín de Bach. Extendió el brazo fuera de la bañera y dejó la tableta sobre la alfombra de baño. Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

Enseguida sintió pasos pesados sobre la moqueta del dormitorio. Quizá sería el servicio de habitaciones.

Con la mano mojada puso en pausa la música de la tableta. Sí, había alguien. Parecía como si estuviera extendiendo algo, una sábana.

—¿Gente ahí en mi habitación? Yo, aquí, en baño —dijo de manera entrecortada, alzando la

voz en su inglés macarrónico. Por este motivo visitaba las ferias y reuniones con empresarios indios acompañado de un traductor.

Salió de la bañera y se puso el grueso y suave albornoz de algodón. Su cuerpo estaba tenso. Se sintió como un niño. «Igual me están cambiando las sábanas. No, la cama estaba hecha cuando llegué». Abrió la puerta y asomó la cabeza.

El suelo enmoquetado estaba cubierto con láminas de plástico. Entró en la habitación. El plástico crujía bajo sus pies. Sintió la presencia de alguien. Entonces oyó un ruido. Se giró. Tres personas estaban observándole de pie junto a la pared. Estaban vestidos con el uniforme del servicio de habitaciones, pero el aspecto físico de ellos le asustó. Intentó meterse de nuevo en el baño, pero un hombre le agarró del brazo y lo empujó hacia la cama, cayendo a los pies del canapé.

—Yo tengo dinero —dijo en su inglés de poco nivel, pero dejándose entender—. Mucho dinero tengo yo. Os doy todo. Todo dinero. Tarjeta de crédito y número pin. Todo vuestro.

El miedo le había dominado todo el cuerpo y no se dio cuenta de que otro hombre se aproximaba. Le ató las manos con una brida de plástico y le tapó la boca con cinta aislante de color gris. Estaba tan asustado que no presentó resistencia.

Un hombre colocó una cámara sobre un trípode. Nadie habló, ni entre ellos ni a Federico, que se sentía horrorizado. «¿Para qué era el plástico?».

Un hombre salió del baño sujetando la tableta. Pulsó *play* y subió al máximo el volumen de la música compuesta por Johann Sebastian Bach.

Cogieron de las axilas a Federico, lo levantaron y lo tiraron sobre la cama, cubierta por plástico transparente. Le hicieron sentar en el borde, dando la espalda al cabecero, donde colgaron una bandera negra. Uno de ellos le dio su pasaporte, que había encontrado registrando su maletín, y en silencio y mediante gestos, señalando a la cámara, le indicó cómo tenía que sostenerlo a la altura del pecho.

Ni siquiera se le pasaba por la cabeza huir o defenderse. Estaba inmovilizado por el miedo. ¿Qué querían? ¿Quiénes eran? Había oído hablar de secuestros a empresarios españoles en Venezuela y en México, pero ¿en la India? ¿Y si eran los mismos que habían asesinado a sus colegas de la embajada? Al girar la cabeza y ver la bandera negra tantas veces difundida en los medios de comunicación, no tuvo duda alguna: aquellos hombres habían venido para matarle.

Uno de ellos hizo un gesto a su compañero para que apagase la música; se cubrió el rostro con una capucha, se aproximó al cabecero de la cama y frente a la cámara comenzó a hablar en un idioma que Federico Villa no entendía.

Cuando el hombre a su espalda terminó de hablar, Federico sintió que le levantaba el mentón. Entonces surgió un calor a la altura de su garganta. Sus manos soltaron el pasaporte, que cayó sobre el plástico ya teñido de rojo.

La noticia corrió como reguero de pólvora en la prensa radiotelevisada y escrita de la India y del extranjero.

Teniendo en cuenta lo que había ocurrido, y sobre todo, a quién, se había montado un círculo mediático en Prithviraj Road, una de las calles históricas e influyentes de Nueva Delhi, donde estaba ubicada la embajada de España en la India.

Confirmada públicamente la autoría de los sucesos, aquello no era obra de una célula independiente de inspiración yihadista. Desde el Ministerio de Exteriores se había ordenado la vuelta inmediata a España de todos los becarios y personal auxiliar. A los empleados indios se les había despedido de sus funciones hasta nueva orden.

Aquella mañana Marta Ruiz, la consulesa de la embajada, llegó con su coche oficial. Mientras se abría la puerta principal, el guardaespaldas indio sentado en el asiento de copiloto tuvo que bajar la ventana y espetar a los medios de comunicación que se apartaran a un lado.

Mientras el Toyota Camry se abría paso entre la horda de periodistas, la consulesa se reprimió las ganas de vomitar. Había entrado en su sexto mes de embarazo, así lo hizo constar en rotulador en el calendario imantado de la nevera en su residencia oficial. Durante el trayecto de su casa a la embajada, el chófer había tenido que parar dos veces en la cuneta para que la señora vomitase en una bolsa el desayuno que había ingerido.

Su marido era directivo en un grupo empresarial en Madrid. Viajaba tres veces al mes a Nueva Delhi para visitarla durante dos días. Esta situación no podía seguir así. Su madre ya le había advertido de que su matrimonio se resquebrajaría teniendo a su marido tan lejos y visitándola ocasionalmente.

Él estaba volcado en sus proyectos de ingeniería, y ella prácticamente envuelta con el trabajo administrativo de la embajada, porque desde el avance de su estado sentía la necesidad de estar ocupada en todo momento. En su apartamento había contratado a dos mujeres que vivían en habitaciones anexas, pendientes de ella y de sus necesidades. De lo que más disfrutaba Marta era de los masajes que le daban en sus pies hinchados y de cómo le masajeban la cabeza aplicando aceite de coco en el cabello.

Una vez en el *parking* interior de la embajada, se bajó del coche y entró al fortificado edificio.

Una docena de hombres altos y de porte atlético, con chalecos antibalas, armas automáticas y cascos con la visera bajada, mantenían la guardia. El gobierno español había contratado a una empresa privada de seguridad para hacerse cargo de la protección del edificio y sus empleados.

Según había sido informada la consulesa, en aquellos momentos estaría llegando de España un grupo especial de la Policía Nacional para organizar la seguridad de los empleados y la protección durante el regreso a España.

—Ah, aquí estás —dijo Juan Martín, el cónsul adjunto—. ¿Qué tal te encuentras hoy?

Los dos caminaron por el pasillo.

—Ni lo preguntes.

—¿Has visto la cantidad de medios de comunicación que hay fuera?

—Son peores que los mosquitos que entran en mi casa.

Juan rio la ocurrencia.

Ana Rodríguez, la consejera de embajada, salió de su despacho y se encontró con ellos en el pasillo.

—Buenos días —dijo en tono seco.

—Hola, Ana —contestó Marta. Caminaron los tres juntos por el pasillo—. No son muy buenos, dadas las circunstancias, pero hay que seguir. ¿Qué tienes?

—Hemos mandado una solicitud al ministro del Interior indio para alejar a los medios de comunicación del perímetro de la embajada.

—Bien hecho. No he dejado de pensar en el horror que debe de estar viviendo Santiago. He estado especulando si sería yo capaz de mantener la fe en una situación parecida.

—Confiemos en que el ministro del Interior indio lo encuentre —añadió Juan en un intento de infundir optimismo—. Han puesto a la policía y a los ATS, el equipo antiterrorista, al frente de la operación de búsqueda.

Los tres entraron en la sala de conferencias y tomaron asiento. Había bolsitas de té, café, un termo de agua y una bandeja de galletas rellenas de chocolate y caramelo preparadas sobre la mesa.

—Ay, por favor, quitad de mi vista las galletas. El karateka que llevo aquí dentro ya ha comido bastante. —Ana se levantó sonriendo y metió el plato dentro de un armario—. No puedo permitirme más bombas calóricas de más. Anoche me dio por comerme cuatro barritas de *snickers*, qué horror. Bien, decidme.

—He convocado una rueda de prensa en una hora —dijo Ana volviendo a tomar asiento.

—Bien —dijo Marta. Tamborileó con los dedos sobre la mesa.

—¿Quieres agua? —preguntó Juan.

—Sí, dame un botellín. Si no tomo algún líquido pronto, la cabeza me acabará estallando —respondió Marta. Inspiró hondo, quitó el tapón al botellín de agua y tras un primer trago, preguntó —: ¿Tenéis el borrador de la nota de prensa? Necesitamos calmar un poco el ambiente, que nos vean esperanzados en la liberación de nuestro embajador. Somos la imagen de España.

Juan sacó un folio de su fichero y se lo entregó.

—Aquí lo tienes.

—Genial —añadió leyéndolo por encima. Luego alzó la vista y los miró uno a uno—. Como habéis visto y leído en las noticias, el señor embajador se encuentra secuestrado y en la embajada nos encontramos en una situación de fuerza mayor. Tú, Juan, te quedarás ejerciendo como jefe de misión. Estarán contigo Ana y un auxiliar, y hasta nueva orden, se cierran los servicios consulares, a excepción de los que reporten mayor urgencia, que serán tramitados a través de esa empresa privada de Nehru Place que tenemos contratada para hacerse cargo de las solicitudes de visados.

—Todo conforme —dijo Juan.

—¿Ana?

—Conforme.

—Entonces, debéis firmar estos documentos —dijo la consulesa sacando una carpeta de su maletín y entregándoles unos folios con el sello oficial. Sentía que un nudo se le formaba en la garganta. Carraspeó y poniéndose en pie, añadió—: Ya sé que en estos momentos deseáis que os trague la tierra o que no tuvierais que enfrentaros a esta situación, pero hay que hacerle frente. Yo me voy al baño a prepararme para salir al ruedo.

—¿Estás bien? —preguntó Ana.

Marta cerró los ojos e inspiró hondo antes de poner las manos sobre la mesa y levantarse con cuidado.

—Esta mañana, desnuda frente al espejo, he bajado la mirada y he visto mi cuerpo tan lleno de estrías que parecía que me hubieran atropellado —contestó tocándose con las manos la prominente barriga—. No creo que haya parte de mi cuerpo que no esté hinchada, dolorida y, encima con este clima, sudorosa. Ya tengo ganas de subirme esta noche en el avión con destino a Madrid y de allí a mi Asturias querida.

—¿Volverás? —preguntó Juan.

—Para decir la verdad, no. —Los dos se quedaron observándola, caminando hacia la puerta. Dio un hondo suspiro, con una mano apoyada en su prominente barriga—. Para ser sincera, excepto los masajes, las películas de Bollywood y el ayurveda, no me gusta nada Nueva Delhi y la India en general, sus habitantes y todo lo relacionado con este país cansino, irritable, sudoroso, corrupto, mentiroso, gansteril y, ahora, nido de terroristas. No es el mejor destino que quisiera tener siendo madre. Tras mi baja de maternidad seguramente ocupe un puesto en Europa.

## 8

El suelo era de baldosas de cerámica y las paredes de hormigón armado. No había ninguna ventana y la puerta estaba fuera de su campo visual, a su espalda. De eso estaba muy seguro. El dolor de su espalda estaba empeorando, lo que le indicaba que la sedación estaba empezando a desaparecer.

Santiago González pensó que la noticia sobre la desaparición de un embajador extranjero se haría pública de inmediato.

Ni en sus peores pesadillas se hubiera imaginado que se pudiera encontrar en aquella situación.

Los medios de comunicación estarían hostigando a Carmen y a la embajada, abriéndose paso a golpe de titular en las ediciones digitales nacionales e internacionales.

Santiago había realizado el servicio militar obligatorio antes de que el gobierno de España lo eliminase. Estaba familiarizado con situaciones extremas, había manejado armas y en su fuero interno había una chispa de esperanza en conseguir la libertad. Tenía que sobrevivir.

Se había percatado de que para aumentar su desorientación le daban de comer a intervalos ilógicos, a veces un poco después de haberle entregado la primera bandeja. Desde su llegada no le habían dado de comer más que *paratha* con mucha mantequilla y yogur. Unas veces la *paratha* estaba rellena de patata, y otras, de unas hierbas que parecían espinacas. Él se lo comía todo. Su prioridad era mantenerse con vida.

Desde que había llegado a la India había intentado coger la costumbre de aprender a hacer meditación, levantarse a las cuatro y media, hacer yoga. Nada de todo esto acabó interesándole lo más mínimo. Ahora se arrepentía porque aquello le hubiera servido para controlar aún más su mente.

Cerró los ojos e intentó hacer memoria de lo que había ocurrido. Lo último que vio fue las luces de un *parking* subterráneo. El rostro del doctor casi no lo recordaba. Su voz era grave. Supuso que querían asustarle.

Recordaba haber leído en un ejemplar de *National Geographic* que ante un ataque de un tigre no debía mirarle a los ojos ni darle la espalda. Lo último dudaba que él pudiese realizarlo, pero no pensaba complacerlos.

Percibió el chasquido de los cierres y oyó que la puerta metálica se abría a su espalda. Sintió que alguien se aproximaba por su lado izquierdo. Intentó girar el cuello, pero no pudo. Le pusieron una capucha. Sintió un pinchazo intravenoso y empezó a perder el conocimiento.

«Te quiero, Carmen. Te quiero más que a nada en este mundo. Prometo que si salgo de esta situación viviré contigo con intensidad cada día como si fuera el último», musitó de forma casi inaudible.

¿Era así como se sentía en los instantes de morir, volviendo a los recuerdos por última vez antes de abrazar la eternidad?

Le quitaron la capucha. Los pasos se alejaron y se cerró de nuevo la puerta.

## 9

En Madrid, sentado frente a su mesa de trabajo, Julián Fernández miraba el televisor montado encima de la pared, que estaba emitiendo en directo la rueda de prensa del cónsul de España, que en breve iba a comenzar ante un montón de micrófonos.

Varun Grover entró en el despacho.

—Lo tengo. He averiguado quién es realmente el hombre que se hizo pasar por doctor.

Julián pegó un respingo.

—Dime.

Varun le mostró la pantalla de su tableta llena de largas columnas de dígitos y letras, introdujo un nombre un campo de búsqueda horizontal en la parte superior de una de las pantallas y apareció una foto de perfil bajo el nombre de Abdul Quadir.

Julián dio una palmada sobre la superficie de su escritorio de madera con tanta fuerza que casi volcó la taza de café.

—Es un nuevo nombre en el mundo del terrorismo islámico —comenzó a informar Varun—. Hasta ahora no se sabía nada de él. De hecho, he realizado investigaciones dentro de los ordenadores de los servicios indios de inteligencia, y también de la CIA, y no hay nada.

—Esta será su primera participación. Pero ¿cómo una persona sin experiencia previa ha podido llevar a cabo estos asesinatos? ¿Y por qué a españoles y no a otros nacionales extranjeros en la India?

Varun levantó los hombros.

—Igual acaba de recibir su entrenamiento en Pakistán y en la India está llevando a cabo su lucha contra Occidente tomando como objetivo a los extranjeros que ha visto más vulnerables, los españoles. En Nueva Delhi es más difícil acercarse a los diplomáticos británicos y norteamericanos.

—Sí, esto sería lógico, aun así, hay cosas que no cuadran. Los terroristas islamistas no actúan como criminales del hampa. Atentan, se suicidan o como mucho se repliegan, pero no realizan acciones coordinadas.

Varun señaló la pantalla, el canal de noticias más importante de la India iba a retransmitir en directo desde la embajada de España la rueda de prensa de la consulesa.

Julián cogió el mando y subió el volumen.

Marta Ruiz no se había imaginado la expectación tan enorme. A pesar de su avanzado embarazo se notaba que tenía una buena figura, combinada con su buena estatura, y pelo corto a lo chico que había despertado la admiración la primera vez que apareció así en la embajada. Con los labios pintados de rojo oscuro y un collar de perlas alrededor del cuello, nadie podía negar que tenía un aspecto estupendo.

Habían tenido que trasladar el acto a otra sala más grande de la embajada con el fin de dar cabida a los asistentes. Pero aún seguía entrando gente.

Juan Martín le había comentado que acaparar la atención de los medios le aseguraría popularidad, ya que quedaría grabado en internet, y de cara a su carrera diplomática le beneficiaría para un destino cómodo y seguro con su nueva familia.

Hacía calor a pesar de que el aire acondicionado estaba a tope. Marta se sentía como una salchicha embutida.

—¿Estás bien? —le preguntó Ana.

Ella sentía un hilo de sudor que descendía por la espalda.

—Sí, lo estoy. —Le dirigió una sonrisa lo más convincente posible. Confiaba en que el sudor no arruinase el maquillaje. Se giró, para evitar ser captada por alguna cámara en búsqueda de una imagen inoportuna, sacó un pañuelo y se lo aplicó suavemente en la frente y sobre el labio superior. Ya estaba lista.

La consulesa comenzó dando las gracias por la asistencia. Anunció que las autoridades españolas no descartaban que el secuestro del embajador y los recientes asesinatos de empleados de la embajada constituyeran atentados terroristas islamistas. El clamor de los periodistas le hizo incidir en este aspecto, que la investigación estaba en curso y que la embajada oficialmente no podía entrometerse en el trabajo de los profesionales al frente de esta labor. Miraba a la turba de periodistas y fotógrafos y se le hacía un nudo en la garganta. Sin embargo, consiguió dominarse y demostrar ser la persona capacitada que verdaderamente era. Confirmó que se había subido el nivel de alerta por terrorismo en todas las sedes diplomáticas del gobierno de España, y que desde Madrid se había hecho pública una nota a la ciudadanía no recomendando viajar a la India hasta que la situación volviera a la normalidad. Acabada su intervención, se abrió paso el turno de preguntas.

Apenas la consulesa había comenzado a contestar las primeras preguntas, cuando a Julián le sonó el móvil. Había recibido un mensaje de Laura: «Ya estoy aquí».

—Informa a Laura del nombre del terrorista y mándale toda la información —ordenó a Varun.

—Hecho.

## 10

Finalizada la rueda de prensa, el personal de seguridad escoltó a la horda de periodistas a la salida.

Acompañada por Juan Martín, la consulesa fue a recibir a Laura García.

Marta Ruiz escrutó a los cuatro hombres con aspecto extraño, sentados en los sofás de la recepción.

—¿Quiénes son esos hombres? —preguntó sorprendida.

—Amigos míos enamorados de la aventura —contestó Laura aproximándose.

Las dos se saludaron con un beso en la mejilla.

—Enhorabuena —añadió Laura mirando la barriga de Marta.

—Gracias —dijo Marta, sonriendo. Tomó aire y cruzó los brazos sobre su barriga—. Entonces, tú eres Pilar Asensio, del Cuerpo de Seguridad del Estado, y esos caballeros son tus compañeros —añadió señalando al grupo. Uno de ellos agitaba un batido proteínico y se lo terminaba de un solo trago. Los demás estaban despatarrados en el sofá, aparentando que veían las noticias sin volumen del enorme televisor de pantalla plana que colgaba en la pared. Uno de ellos tenía un palillo entre los labios. Mal afeitados y peinados, todos ellos tenían un aspecto de lo más peculiar—. No tienen pinta ni de policías ni de turistas mochileros.

—¿Cree que estaría mintiéndole a usted a la cara? —replicó Laura, esbozando una encantadora sonrisa y sorprendiéndose de lo bien que mentía.

—No era eso lo que pretendía decir, pero... raros sí parecen.

—Señora consulesa, estamos aquí para protegerla a usted y al personal de la embajada —dijo Laura—. Uno de mis hombres, Freddy, el de la camiseta verde —dijo señalándole—, se quedará aquí y la dejará de vuelta en su apartamento. Y esta noche la acompañaremos al aeropuerto. —Le ofreció un botellín de agua Evian, desenroscando la botella—. Tome, comprada en el *duty free*. Me hice con una bolsa entera.

Marta bebió un buen trago.

—Gracias. Aquí hay tiendas *gourmet* donde se pueden encontrar estas marcas extranjeras, aunque para salvar su economía le diré a usted que puede beber agua embotellada de marca india sin peligro alguno. —Y añadió antes de marcharse con Juan Martín a su despacho—: Bueno, entonces creo que debemos darles las gracias por venir y desearle a usted y a sus amigos mucha suerte. Nos vemos esta noche.

# 11

En el piso franco en la zona de New Friends Colony, habían instalado y conectado pantallas, varias cajas de luces parpadeantes y ordenadores portátiles.

—¿Dónde está Óscar? —preguntó Tom mientras apuraba su batido proteínico.

Fabián, sin apartar la mirada de su ordenador portátil, contestó:

—Le dije que se fuese a la tienda de abajo.

—¿A comprar más botellas de agua? —apuntó Tom.

—Sí, porque con tus batidos nos dejas sin agua —contestó Laura. Estaba sentada en la mesa del comedor frente a un ordenador portátil

—Perdona, no será para tanto —dijo fingiendo enfado. Sacó un conjunto de cintas de plástico, cada una de diferente color, y empezó a estirar una de ellas, fortaleciendo los hombros.

—Tú sigue hablando, que es lo que mejor se te da —dijo Fabián, riéndose. Abrió una barrita de chocolate de suero de leche.

—Oye, deja de comer —le advirtió Laura—. Te estas poniendo gordo.

—A ver, ¿dejamos estas conversaciones absurdas? —sugirió Tom cambiando de posición para ejercitar sus tríceps, esta vez utilizando una cinta de goma verde.

—A ver si haces ejercicio en otra habitación —sugirió Fabián.

—Sí, vete al balcón —añadió Laura.

—¿Y eso? ¿Qué os pasa? —preguntó Tom, cambiando la cinta elástica de mano para ejercitar otro músculo.

—Porque tenemos que aguantar el sonido de tu respiración —contestó Fabián, y añadió, riéndose—: Y, además, porque huele a goma.

—¿Y qué pasa? —se encaró Tom sonriendo. Terminó su última tanda y enrolló la cinta.

—Que ya tenemos suficiente con aguantar este tremendo calor para qué tú nos lo pongas peor —contestó Fabián.

—De acuerdo, de acuerdo. La próxima vez me voy al balcón.

—Maldita sea —dijo Laura, alzando la vista de la pantalla del ordenador—. ¿No podéis callar un momento? Parecéis niños pequeños.

## 12

Freddy se despidió de Marta Ruiz, que le había acompañado junto a su chófer a su vivienda.

El operativo del Cervantes había retenido en su mente la imagen de Abdul Quadir que Laura le había mostrado. Durante el trayecto de la embajada hasta la vivienda de la consulesa, no dejó de escrutar cualquier vehículo que se aproximaba. Aunque la distancia era más bien corta, toda precaución era poca.

Tras dejarla en su apartamento, Freddy se fue al piso franco que había ocupado Laura y su equipo. Irían a recoger a la consulesa en tres horas y media para llevarla al aeropuerto internacional y acompañarla hasta que embarcase en el avión con destino a Madrid.

Por fin, Marta se marchaba a su querida España. Sus empleadas ya le habían hecho las maletas. Se había despedido de ellas por la mañana antes de salir a la embajada. Le faltaba ultimar algunas cosas y ya tendría listo el equipaje.

Ahora quería tomarse una ducha, cambiarse de ropa y comer algo antes de que llegara aquella señora con su extraño grupo de hombres.

Abrió la puerta y dio al interruptor. No se encendió la luz. La electricidad estaba cortada. «Qué raro. Nadie me informó de que habría corte de luz en el vecindario».

Decidió ir a la cocina y coger la linterna guardada en un cajón de la despensa. No era un caso aislado. En la India son muy comunes los cortes de luz. «Menos mal que tenemos generador externo». Sin embargo, mientras caminaba pensó que era raro que el generador no estuviera funcionando, a lo máximo tardaba un par de minutos.

Vaciló, y en vez de ir a la cocina, fue al salón a tientas. Veía perfectamente en la penumbra. Las luces de las farolas iluminaban los muebles. Llegó a la ventana y corrió los delgados y suaves visillos. La luz exterior entró con más intensidad.

«Pero, si hay luz fuera, ¿por qué no en el apartamento?».

Un sudor frío recorrió su espalda cuando comprendió qué estaba sucediendo. «¿Y si alguien ha venido a por mí?». Quiso correr, pero le entraron náuseas. Las piernas parecían que le fallaban. Se apoyó en la pared y vomitó dentro del paragüero de metal con forma de elefante.

Su corazón estaba acelerado y dentro de su barriga sentía patadas. Con el nerviosismo se tropezó, pero se sostuvo con una mano antes de caer al suelo. Fue a levantarse cuando notó que le ponían una capucha sobre la cabeza al tiempo que le sujetaban los brazos.

—Si grita, la mataremos —dijo una voz grave, profunda—. Por el bien de su bebé, haga caso.

Muchas veces había analizado la posibilidad de encontrarse frente a un ladrón o un violador en serie. Había practicado artes marciales y creía saber de qué modo reaccionaría. Pero no había previsto que ocurriera en ese momento y estando embarazada. Si reaccionar de manera violenta supondría poner en peligro al bebé que llevaba dentro, no haría nada. Lo importante era sobrevivir.

No la forcejearon, al contrario, parecía que tenían especial cuidado con ella. Dos hombres la dirigían agarrándola por los brazos. Ella sabía la razón, eran supersticiosos. No parpadearían en hacer estallar una bomba en un supermercado o en un autobús público, matando a un gran número de niños y mujeres. Pero la diferencia con ella es que a esos inocentes no los habrían tratado físicamente: habrían detonado la bomba desde un lugar seguro, a larga distancia.

Pronto se daría cuenta de que querrían utilizarla como chantaje. Si se encontrase en Siria, Irak o Afganistán, sus captores no tendrían el más mínimo miramiento en degollarla y dejar que el feto muriese dentro de ella. Pero en la India era diferente, sus mentes trabajaban de distinto modo a las de los extremistas de Oriente Medio.

## 13

Freddy llegó al apartamento justo cuando Óscar llamaba la atención a todos.

—Algo raro sucede —anunció señalando la pantalla de su portátil.

—Dime —dijo Laura situándose rápidamente a su espalda.

—Marta Ruiz ha salido de su apartamento.

—¿Te ha dado a entender que iba a despedirse de alguien? —preguntó Laura a Freddy— ¿Es por eso por lo que no te has quedado con ella?

—No —contestó—. Me dijo que me marchara a cambiarme de ropa porque decía que yo olía a sudor, y que ella estaría bien dentro de su apartamento. Mencionó las ganas que tenía de darse una ducha y cambiarse de ropa. Durante todo el trayecto no dejó de hablar sobre la India.

Dentro de la botella de agua Evian habían puesto un pequeño dispositivo electrónico que duraba en el organismo veinticuatro horas antes de ser expulsado. Después del secuestro del embajador, la consulesa podía ser un próximo objetivo, motivo por el que se tomó la medida de monitorizarla hasta que cogiese el vuelo a España. Ahora veían la ruta que el puntito rojo que representaba a Marta Ruiz estaba realizando.

—Quizá haya salido a comprar algo en una tienda —sugirió Tom.

—Se lo hubiera dicho a Freddy —dijo Fabián—. Es mejor que vayamos.

—No ha sido buena idea dejarla sola.

—Me lo pidió ella —se defendió Freddy—. Ya sabes las manías que tienen las embarazadas. Querría intimidad unas horas antes de que la recogiéramos.

—La verdad es que hueles mal, tío —comentó Tom arrugando la nariz.

—No perdamos el tiempo, chicos. Nos vamos primero a su vivienda y de ahí al lugar donde haya ido —ordenó Laura.

Con la furgoneta que habían alquilado a través de la embajada en una empresa privada, llegaron frente al portal del edificio. Subieron corriendo con las armas en ristre.

Tom comenzó con el vestíbulo, pero no encontró nada excepto un bolso colgado en el perchero y varios pañuelos de seda de Cachemira.

—Es decir, que no ha salido de compras —dijo Laura. Y preguntó en voz alta—: Óscar, ¿qué indica la señal?

—Sigue en movimiento hacia el este. Se quedó retenida debido a un embotellamiento en una carretera, pero ahora se ha puesto en marcha.

Mientras los demás estudiaban el resto de las habitaciones con minuciosidad, pero con rapidez, Laura fue al baño.

Era todo muy moderno. La ducha era de lo último en diseño. Podía seleccionar el tipo de chorro y el agua salía de varios niveles de altura.

En los estantes y armarios había distintas cremas y lociones, perfumes y medicación de todo tipo. En un pequeño armario había desinfectantes y una botella de detergente, además de rollos de papel higiénico.

—Nada —dijo Tom—. Debemos salir ya a por ella.

Óscar vio en la pantalla de su teléfono móvil el punto parado en una ubicación, un edificio en la zona de Paharganj Bazaar.

—Tengo la dirección de donde está —anunció.

—Debe de haber algo. Lo presiento —aseveró Laura.

—Tenemos que salir a por ella ya —dijo de nuevo Tom.

—De acuerdo. Dame un momento.

—Vámonos, Laura —dijo con premura Freddy.

—He dicho que me deis un momento —dijo alzando la voz y observando todo a su alrededor.

—¿Qué pasa? —preguntó Óscar.

—Hay algo que sucede aquí. Me lo dice mi instinto. La puerta no está forzada. Es una cerradura moderna con mucha seguridad. Esto sugiere que ya tenían a la consulesa bajo vigilancia.

—¿Cámaras? ¿Micrófonos? —preguntó Fabián.

Laura movió la cabeza afirmativamente. Óscar hizo una señal a Tom, Freddy y Fabián, haciéndoles entender con señas: los tres comenzaron a estudiar cualquier rincón posible donde pudiese haber un micrófono o una cámara.

Laura permanecía de pie en medio del salón, sumida en sus pensamientos. Al cabo de un momento, se aproximó a la librería. Revisó los estantes. Había libros de ensayos y biografías de Gandhi, Lord Mountbatten, Nehru, Indira Gandhi y demás personajes históricos, además de literatura española. Su mirada se detuvo en un estante superior. Ahí había unos libros con el lomo antiguo, no se podía ni leer el título de las obras. Se alejó, situándose de nuevo en medio del salón. Un determinado tomo estaba situado de manera distinta a los demás.

Se volvió a acercar y revisó uno a uno. Encontró el que andaba buscando. Había un pequeño hueco, como un agujero en el lomo. Como si lo hubieran taladrado.

—Creo que lo he encontrado.

Todos guardaron un silencio absoluto. Solo se oía el tráfico de fuera y el zumbido de alguna mosca. Inspeccionó su interior. Dentro había unos diodos parpadeantes en una cajita rectangular. Una pequeña cámara asomaba por el lomo. Habían estado espionando a la consulesa. Los estaban grabando a ellos también. Pulsó el botón *off*.

—Vámonos de aquí —ordenó Laura—. Ya saben que les estamos siguiendo.

Una vez en el interior de la furgoneta, con Óscar al volante, dirigido por el GPS de su teléfono adherido al salpicadero, y en dirección al lugar indicado por el dispositivo electrónico que tenía Marta en el interior de su cuerpo, Laura preguntó:

—¿Quién ha podido entrar en su apartamento?

Tom consultó la pantalla de su móvil.

—Tiene a dos mujeres de servicio. Descartando si tuviera a algún amante o amigo.

—Con lo cual las hace cómplices.

—Tengo sus nombres y fotos de perfil —continuó Óscar—. Pertenecen a una empresa de contratación de personal. La embajada de España y otras misiones diplomáticas contratan sus servicios.

—Es lo más idóneo para espionar —añadió Freddy—. Tienen acceso a los códigos, a las llaves.

—Pueden desplazarse por el edificio de una embajada cuando los empleados ya no están —dijo Óscar.

—Debe de haber otro aparato así dentro de nuestra embajada —aseveró Laura.

—Esto ya parece una gincana de niños pequeños —dijo Fabián.

Observaron el edificio desde el exterior.

El tráfico de la calle era numeroso incluso a aquella hora de la noche.

—Pero en este país, ¿hay algún rincón donde no haya gente? —preguntó Tom.

Mientras los colindantes edificios estaban llenos de luces de neón, en el que se encontraba Marta Ruiz en el interior daba la impresión de estar abandonado. Notaron el destello de una luz en una de las ventanas.

—Venga, chicos —dijo Laura a modo de arenga a su equipo—. Tenemos a una mujer embarazada, que en estos momentos estará al límite psíquicamente. Tomemos todas las precauciones posibles. No entramos a detener a nadie. Entramos a eliminar. Tan pronto un objetivo se pone delante, se abate. Punto. Finalidad, la liberación de la consulesa, Marta Ruiz —señaló con un puntero la pantalla de un iPad—. Entraremos por la puerta principal, a destajo. En esta otra calle paralela estará esperando Óscar con la furgoneta en ralentí, lista para largarnos del lugar. ¿Preguntas?

—No —contestó Fabián.

—Todo claro —añadió Freddy.

—Completamente claro —dijo Tom.

—Claro —dijo Óscar desde el asiento del conductor.

—Lo importante es que estemos desplegados y así entremos expuestos —añadió Laura—. No saben cuántos somos. Tenemos que utilizar ese efecto sorpresa. Aunque por las imágenes a través de la cámara en el apartamento de la consulesa, sabrán ya que somos extranjeros.

Cruzaron la calle con paso acelerado.

La puerta no supuso resistencia. Tom la abrió con una ganzúa. En el interior reinaba la penumbra. Sus ojos se acomodaron a aquella escasa iluminación, comprobando lo extenso que era el lugar.

Una hilera de bombillas desnudas colgaba de un techo de hormigón, iluminando un largo pasillo. La pintura de las paredes estaba completamente desconchada.

Entraron en una cocina apuntando con sus pistolas en todas direcciones. La encimera estaba llena de platos sucios. Sobre la mesa y en el suelo había apiladas cajas de *pizzas* de Domino's y bolsas de McDonald's.

—Vaya, y decían que tenía yo mi apartamento desordenado —masculló Tom.

—Cierra el pico y estate atento —dijo Freddy.

—A ver, ¿no estamos un poco quisquillosos hoy? —añadió Fabián—. Tú tienes el apartamento desordenado. Pero esto es una porquería.

El ambiente era denso y se oía el ruido del tráfico. Había periódicos tirados en el suelo. Allí vivían personas en permanente lucha contra el caos, con una terrible necesidad de hacer el mal.

Subieron a la planta superior y flanquearon varias puertas por un angosto pasillo. Llegaron a un cuarto iluminado por un plafón circular led. Había una gran pantalla de televisión, una Xbox, un portátil Acer, una PlayStation y un sistema de sonido envolvente último modelo.

Mientras los demás miraban por todo el apartamento en busca de alguien, Laura no tardó en comprender la explicación obvia de todo.

—Han salido huyendo —anunció Laura.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Freddy.

—Que sabían que veníamos.

—Aquí —dijo Tom llamando la atención de los demás, que corrieron hacia el cuarto de baño. En el interior se encontraba Marta Ruiz, atada y amordazada, pero estaba sana y a salvo.

Parecía que estaban mirando a otra mujer. El cabello lo tenía enredado y apelmazado. Nada que ver con aquella bella imagen que presentaba cuando la vieron por primera vez en la embajada. Su blusa estaba desgarrada y manchada de sangre, al igual que su falda.

Óscar conducía la furgoneta con absoluta destreza. Iba guiado por el GPS de su móvil. Próxima parada, el hospital Apollo. La experiencia en la conducción la había obtenido en países como Irak, Siria y Afganistán.

Marta Ruiz permanecía tumbada en la parte de atrás. Fabián le secaba el sudor de la frente con un pañuelo.

—Bebe agua —dijo Laura ofreciéndole una botella.

Marta se sujetó la barriga con las manos y asintió con los ojos cerrados. Tenía la cara blanca y los mechones se le pegaban a la sudorosa frente. Tom le ayudó a inclinarse. Bebió despacio.

—Gracias a Dios, no me hicieron daño. Me amenazaron. Lo pasé muy mal, por momentos pensé que cumplirían sus amenazas de provocarme un aborto.

—Respira despacio —le dijo Freddy.

Marta inspiró varias veces para serenarse.

—No hay parte de mi cuerpo que disfrute el embarazo. —Se tocó otra vez la barriga—. Ay, ahora se ha puesto a golpearme como si yo fuera un saco de boxeo.

Laura se echó a reír, los demás sonrieron. Casi de inmediato Marta perdió el conocimiento.

—¡Marta! ¡Marta! —Laura le daba palmadas sobre su mano izquierda.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Óscar, mirando por el espejo retrovisor.

Freddy tomó el pulso.

—Un desmayo.

—Joder —espetó Fabián señalando la ingle de Marta. Un charco de sangre se extendía debajo de ella.

## 15

Había sentido el ruido de una gran puerta que se abría en alguna parte del edificio. El corazón comenzó a acelerarse. «¿Me estarán liberando?». Conocía el grupo especial de intervención en casos de terrorismo en la India, denominado como los Black Cats. Necesitaba llamar la atención para indicarles dónde se hallaba, pero no podía, tenía una mordaza.

Unas voces sonaron. También oyó las interferencias y pitidos de unos *walkie talkies*. «Ya está. Me van a liberar. Por fin».

Finalmente, habían conseguido localizarlo. «En Madrid debo de ser tema de conversación, y en las tertulias de radio y televisión. Me recibirán como a un héroe. Como a un marine de los Estados Unidos que vuelve a casa». Pensó que sería un buen momento para escribir su biografía. «Tendrá que ser algo comparable al libro sobre diplomacia que escribió Henry Kissinger. Y de lectura obligatoria para la persona que entre en el cuerpo diplomático. Algo así como un manual. Pero de unas seiscientas páginas como mínimo. Hablaré de historia, el cambio mundial, inteligencia, geopolítica, seguridad...».

Pensaba que el gobierno de España no habría dejado ni un momento su empeño en conseguir su liberación a toda costa. En la embajada, todos, absolutamente todos, habrían estado al pie del cañón trabajando exclusivamente en su caso. Ninguno se habría tomado un descanso e incluso habrían estado frente al ordenador y los teléfonos por turnos. «Ya debe ser hora de que agradezca la labor que ejercen. Los premiaré. Los mandaré de vacaciones por turnos a Mali, aunque sea con mi propio dinero. Les agradeceré el empeño que han tenido en verme libre, con vida».

Intentó calcular cuánto tiempo llevaba retenido. Estaba viviendo la peor pesadilla de su vida. ¿Qué querían? ¿Un rescate? ¿Quiénes eran?

Pasó el tiempo y todavía no había visto ni oído a nadie. ¿Sería todo esto una broma pesada?

A pesar de que sus ojos debían de haberse adaptado a la penumbra, no veía nada ni a nadie.

Alguien entró. Le pusieron una venda en los ojos y le quitaron la mordaza. No había venido nadie a liberarle. Otra vez se iniciaba la rutina de alimentarle. Tomó aire. Unos dedos le metieron un trozo de *chapati* en el interior de la boca. Antes de que hubiera terminado de masticar, ya le estaba metiendo otro.

Debía evitar la ansiedad y enfocarse en mantenerse con vida. Aun así, acabó convencido que conforme pasaba el tiempo de una u otra forma su situación acabaría tocando a su fin: o le mataban o moriría de un ataque al corazón.

**Segunda Parte**  
**El Engaño**

## 16

Mientras los demás pasaban aparatos para la detección de equipos de escucha y cámaras ocultas por paredes, mesas, sillas, cuadros y demás rincones, Laura se quedó en el medio observando toda la habitación.

Algo había que desencajaba.

Se fijó en unas figuras folclóricas de flamenco sobre la mesa auxiliar. Se aproximó a ellas y cogió al bailarín.

—Las venden en los aeropuertos —comentó Tom, antes de agacharse y estudiar con su máquina electrónica bajo la mesa de conferencias.

Laura quitó el vestido fijado con velcro. Se quedó perpleja. La parte de la espalda estaba hueca. Vio un pequeño botón junto a *on* y *off*. Un fino cable cruzaba el cuerpo de la figura hasta llegar a los ojos. Era una cámara conectada a la red de telefonía de la embajada.

Uno a uno se aproximó. Estaban sorprendidos por aquella pericia.

Tom iba a hablar, pero Laura puso su índice en los labios.

El iris del ojo derecho era el objetivo de una diminuta cámara. Movié el botón a *off*.

Habían tenido a la embajada de España bajo constante vigilancia. Por este motivo conocían hasta la marca de galletas que consumían en las reuniones. Absolutamente todo. Un pensamiento le hizo dar un respingo.

Laura García no tardó en enviar al Cervantes fotos de las figuras y de los aparatos electrónicos encontrados en el apartamento de la consulesa y en la embajada.

Al cabo de un instante, recibió una llamada a su móvil.

—¿Cómo ha podido suceder? —La voz del director Julián Fernández sonó con estridencia a través del teléfono—. Laura, debes contactar con David Ribas de inmediato. Es la única persona que puede poner punto final a esta situación.

—Lo sé.

—Tenemos que encontrar al embajador antes de que se cumpla la semana, el plazo que han impuesto los terroristas antes de asesinarlo. Pero vosotros no podéis seguir por las calles de Delhi dando palos al agua. Ha sido una suerte encontrar a la consulesa con vida. Por esto te felicito. Pero carecéis de la habilidad que se necesita en este caso para pasar desapercibido en la sociedad, en saber desenvolverse por la ciudad y encontrar al embajador Santiago González, si es que aún sigue con vida.

Laura suspiró.

Los dos guardaron silencio.

—De acuerdo —claudicó Laura, al fin—. Haz lo posible para que me vea con David Ribas cuanto antes.

—Perdone, pero no se permite entrar con flores —le informó la enfermera.

—Ah, disculpe, ¿entonces? —preguntó levantando el manojito.

—Me encargaré yo de ponerlas en un florero. Cuando se despierte se lo haré saber.

—Escribiré una nota.

Laura fue al mostrador y escribió en una cuartilla de color verde manzana que le había dado la

enfermera una nota de despedida, deseándole todo lo mejor.

Otra enfermera se aproximó.

—Sigue durmiendo. Pero si quiere, puede verla. Será solo un momento.

Con todo el sigilo posible, entró junto a la enfermera.

Le habían puesto una vía en el brazo y estaba conectada a un gotero.

—¿Qué tal se encuentra? —murmuró Laura a la enfermera.

—Muy bien —respondió en un susurro—. Necesita descansar.

—¿Y el embarazo?

—Bien. Está fuera de peligro.

Cuando iban a salir, escucharon:

—Todavía no he muerto.

Laura se giró.

—Creía que estabas dormida —dijo sonriendo mientras se aproximaba.

La enfermera permaneció de pie observando a las dos mujeres que hablaban en un idioma que ella no entendía.

—Gracias por rescatarme —murmuró Marta—. Infravaloré a tus amigos mochileros.

Ambas rieron.

—Hacemos nuestro trabajo de la mejor forma que nos es posible. Me alegro de que hayamos llegado a tiempo.

Laura sacó de su bolso las dos figuras folclóricas.

—Necesito que me digas quién puso estas figuras en la sala de conferencias.

Marta sonrió.

—Es un regalo que le hice a Ashwin, y decidió ponerlo como decoración en la sala de conferencias. Dijo que, en su casa, sus sobrinos las romperían.

—¿Ashwin? ¿Quién es?

—El conserje —contestó con el entrecejo fruncido.

Laura lo recordó. Reflexionó unos momentos. Entonces lo entendió. Todo parecía encajar con la idea de que existía un topo entre el personal de la embajada.

—¿Por qué?

—No, por nada —masculló—. Unos amigos querían algo parecido de España, algo típico.

—Las venden en los quioscos de los aeropuertos de toda España.

—Sí, compraré una pareja y se las enviaré. —Laura hizo de tripas corazón y la abrazó—.

Cúdate.

—Igualmente.

Cuando salió al pasillo escribió a Varun Grover dándole el nombre del conserje.

Una vez fuera del hospital, dentro de la furgoneta, recibió una llamada desde Madrid. Era Varun.

—He triangulado el número móvil de Ashwin Trivedi con una serie de lugares y de horas exactas. La lista de números es de unas treinta. Descartando una tienda de comestibles a la que pide la compra a domicilio, llamadas a unos familiares...

—Ve al grano, Varun, y deja de comer mientras hablas.

Dejó sobre un plato su abultado bocadillo de tortilla de patata con mayonesa.

—He utilizado una serie de torres de señalización para triangular el área de la embajada, y todo concuerda con el número de Ashwin. Definitivamente, es el topo en la embajada. Ha recibido y llamado a números ubicados en el edificio donde encontrasteis a la consulesa. Sin embargo,

todos esos números sospechosos han sido inutilizados. Doy por entendido que tras haber hallado las cámaras ocultas.

—¿Qué sabes de esos pequeños aparatos de espionaje?

—Es una empresa india llamada Itaka que comercializa con aparatos electrónicos. Muchos de sus componentes lo importan de China. Recientemente se ha dedicado a vender equipos de espionaje avanzado. Las fotos que tú me has enviado son de su producto estrella que se vende en Amazon, la cámara inalámbrica. Funciona con una tarjeta SIM. La que estaba puesta en la embajada lógicamente era de prepago, anónima. Tiene un detector de movimiento y utiliza la red de teléfono para transmitir imagen y sonido con absoluta claridad.

—¿Y qué hay de las figuras?

—Las fabrica una empresa de Almería. De hecho, se llama Artículos Turísticos Españoles, S. A. Y las venden de manera exclusiva en tiendas de los aeropuertos.

—Ya.

—Una cosa más.

—Dime.

—Ya tienes hora y lugar para reunirte con David Ribas. Julián habló con Hassena, la jefa del crimen organizado en Bombay, y ella le devolvió la llamada confirmándolo. Me ha dicho Julián que te mande la información a tu móvil. Suerte.

Fue Hassena quien rescató a David Ribas tras el asalto al hotel Taj Mahal Palace. Como agente operativo, se encontraba en la India haciendo una labor de investigación sobre la seguridad del hotel antes de la visita de los reyes de España. El ataque terrorista fue llevado a cabo por parte de un grupo islamista que llegó desde Pakistán.

Entre los muertos se encontraba su esposa, a la que asesinaron de un tiro en la cabeza. Él cayó desvanecido, tras ser herido de gravedad. Oficialmente le dieron por muerto en España.

Desde que se convirtió en un hombre renacido, fue entrenado para poder desenvolverse en la India y dedicar su nueva vida en dar caza a terroristas, además de ejercer como esbirro de Hassena.

Se llamaba Gullu. Había secuestrado en Bombay a una adolescente llamada Sonakshi. Le encantaba engañar a sus víctimas convenciéndolas de que, si obedecían, las dejaría salir vivas y volver a sus lugares de origen.

Gullu disfrutaba de poder tener la vida de una persona en sus manos, que fuese su decisión si debía morir o continuar viviendo. Le gustaba mucho observar el miedo reflejado en el rostro de sus víctimas. Tras repudiarlas, a muchas las había rociado con ácido y abandonado en la calle.

Tras el secuestro, los padres de la joven pidieron ayuda a Hassena y ella puso en manos del español David Ribas la responsabilidad de encontrarla, antes de que fuera demasiado tarde.

Las pesquisas le habían llevado al norte de la India, a la ciudad de Jaipur.

David se encontraba escondido en la esquina de una calle frente al edificio donde habían localizado al secuestrador.

Se encontraba esperando su arma. La espera le resultaba incómoda, estaba impaciente. Por orden de Hassena, cada asesinato se debía realizar con armas que no fuese posible rastrearlas.

Mientras observaba las ventanas de la séptima planta, se prometió que si tardaban unos minutos más, entraría y con sus propias manos lo eliminaría.

«No más espera», se dijo a sí mismo.

En aquel momento, una motocicleta se desvió del denso tráfico y aparcó en la acera. El conductor se aproximó a David con prisa. Le entregó un pesado bulto envuelto en un periódico.

Cuando lo abrió, se llevó una sorpresa al ver las piezas de una pistola muy antigua.

—Pero ¿qué tipo de arma es esta?

—Es lo que me han dado —replicó el hombre, temeroso por una reacción violenta—. Es lo que han podido conseguir en tan poco tiempo.

David no espero un segundo más. Tras montar el arma, metió una bala en la recámara y bajó el percutor utilizando la palanca para desmartillarla. Entonces, se colocó la pistola en la parte trasera de su pantalón vaquero y echó a andar con prisa. Se le habían encendido los ánimos.

Cruzó la atestada calle entre bocinazos e improperios.

La adrenalina le estaba tensando los músculos.

Cuando llegó a la puerta izquierda de la séptima planta, le pegó una patada con tal violencia que la madera se salió de las bisagras.

Sonakshi se encontraba en el sofá hecha un ovillo, con las piernas flexionadas contra el pecho.

Gullu apareció con una sartén llena de comida en una mano.

—¿Quién eres tú? —preguntó; se fijó en el arma y lo miró a los ojos.

David alzó el brazo y apretó el gatillo. Estaba encasquillada. Gullu le lanzó la sartén, que esquivó, yendo a parar la comida a la pared antes de desparramarse por el suelo.

Entonces, le embistió como un toro. David hizo una finta, consiguiendo apartarse en el último instante. Gullu cayó de bruces fuera del apartamento, sobre el suelo de linóleo del descansillo de la séptima planta.

David se aproximó corriendo, lo agarró por la cintura cogiendo velocidad y lo lanzó por el hueco del rellano de la escalera. Gullu cayó de cabeza, partiéndose el cuello.

—Vístete, que nos vamos —dijo David entrando con prisa en el apartamento.

Antes de llegar a la estación de tren, llamó a Hassena confirmando que había conseguido matar a Gullu y liberar a Sonakshi. Ella le comentó la llamada de Julián Fernández desde España y la hora y lugar de encuentro con Laura García. En cuanto a Sonakshi, le dijo que esperase en la estación de tren frente a la sala de espera de viajeros. Una mujer se presentaría y se encargaría de viajar con la joven adolescente de regreso a Bombay.

De nuevo le vino a la memoria aquel ejemplar de la revista *National Geographic* en versión inglesa que hablaba sobre la muerte, el envejecimiento y el mito de la eterna juventud.

Con sus interesantes temas que trataba, la revista *National Geographic* eran su mejor lectura sentado sobre el inodoro. «¿Qué mejor manera de practicar el inglés?». En el armario del cuarto de baño conservaba muchos ejemplares que recibía mensualmente en su residencia de Nueva Delhi.

En más de una ocasión, Carmen le había amenazado que si no hacía limpieza acabarían en el cubo de la basura. Ella temía que, si se acumulaban muchas cosas, pudieran acabar siendo parapeto de las lagartijas que entraban en la vivienda.

Santiago consiguió aflojar la cinta que le ceñía el cuello y pudo girar la cabeza; aunque era poco, supo hacerse una idea de la situación. Estaba en una habitación húmeda, cochambrosa. Las paredes tenían la pintura desconchada.

El rostro lo tenía enrojecido. Alrededor de un ojo tenía una hinchazón y en el labio inferior se le había formado una costra. Hacía unas horas se había negado a abrir la boca y a que le siguieran alimentando a la fuerza, y como reacción había recibido un manotazo brutal.

Asumió que debía dar las gracias por seguir aún con vida.

Percibió un ruido. Eran pasos, Sí. Notaba a alguien a su espalda.

Sus músculos se hallaban en tensión y había empezado a sudar. El terror fue de pies a cabeza como una descarga eléctrica. «Que acabe esto pronto, por favor».

De repente dejó de oír ruidos. No sabía si eso era buena o mala señal. Su subconsciente le hizo pensar que era buena noticia. «Han venido por fin a liberarme», se dijo a sí mismo. «Seguro que están actuando con cautela estos indios. Por eso lo habrán llamado Black Cats. En cualquier momento oigo sonidos de disparos y gritos dando órdenes y me quitan estos cinturones».

Lo mejor que podía hacer era seguir permaneciendo inmóvil y esperar a que llegase la ayuda. Una serie de pensamientos sobre lo que debía hacer y quiénes habrían venido a liberarlo corrió por su mente como un torrente embravecido. «¿Serán fuerzas conjuntas indo-españolas? La Guardia Civil tiene mucha experiencia en secuestros».

Si se ponía a hacer movimientos bruscos, podría sufrir lesiones más graves de lo que creía, así que se quedó quieto percibiendo cualquier sonido. Los crujidos, los ruidos, le devolvían la esperanza.

Se imaginó su foto de perfil en los principales medios de comunicación. «¿Qué foto habrán elegido? ¿La que tengo en Twitter o en LinkedIn? Seguro que la embajada habrá compartido la oficial, la que salgo con menos grasa en el cuello». Lo importante era que los grupos especiales antiterroristas estaban próximos.

Su corazón latió más deprisa. «Venga, venga». No lo había dudado ni un instante, vendrían a rescatarlo. Sabía que era una persona apreciada y que España figuraba en un puesto importante en las prioridades del primer ministro indio. «Claro que sí. Somos un país importante para los intereses de la India». Nunca se había sentido más feliz.

La puerta se abrió. Su corazón bombeaba. Unos pasos se aproximaron y por detrás alguien le puso una capucha.

—Por favor, que acabe todo esto pronto —balbuceó.

## 19

Laura García y su equipo circulaban por la NH 48 en dirección a la ciudad de Jaipur, conocida también como la Ciudad Rosa, capital del estado de Rajastán.

Desde Madrid, Julián Fernández había hablado con Hassena. Ella le devolvió la llamada al cabo de veinte minutos confirmándole que David Ribas estaría en el hotel Rambagh Palace de Jaipur.

Cada una de las llamadas había sido digitalizada antes de viajar a través de una serie de canales privados y encriptados. Usando un intrincado *software*, para evitar ser rastreadas, sonaban en distintas centralitas ubicadas en distintos lugares del globo.

La cita era a las diez de la mañana. Para recorrer por carretera los doscientos setenta kilómetros escasos que separan Nueva Delhi de Jaipur, habían salido con tiempo de antelación debido a los atascos que se formaban al salir de la ciudad.

Sentada en el asiento de copiloto, Laura García empezó a pensar en la mejor manera de realizar la aproximación.

La animosidad de David hacía ella y el Cervantes había llegado al límite extremo desde que se ordenó, en un pasado no muy lejano, su asesinato. La capacidad de influencia le serviría de mucho.

—Aún no nos has dicho a quién vamos a ver en Jaipur —dijo Óscar manejando el volante. Sobre la comisura de los labios movía un palillo.

Laura se remitió el pelo detrás de las orejas y miró a través de la ventana bajaba. Subió la ventanilla. Accionó el aire acondicionado y les explicó que tenía que reunirse con una persona cuya lealtad personal era importante en momentos como ese. Una persona hábil, conocedora del país, en la que por encima de cualquier otra consideración el Cervantes confiaba para proteger los intereses de España.

—¿Superman? —dijo Óscar riéndose.

—¿No será David Ribas? —preguntó Tom mirando de soslayo a Laura.

—Sí.

—¿Y eso? —preguntó Freddy, sorprendido como los demás.

—Porque para encontrar al embajador se va a necesitar algo más que músculos —recalcó ella—. Y, por cierto, ha sufrido mucho y ha sobrevivido a mucho. Su mujer fue asesinada en Bombay, y desde entonces se embarcó en una cruzada contra el terrorismo islámico.

—El sufrimiento nunca llega a desaparecer —dijo Óscar con la mirada puesta en la carretera—. Se forma como una escarpa a tu piel que nunca llega a mudar por mucho que lo desees. Es algo duro, y por otro lado encomiable, de David.

—Pero lo que yo me pregunto —comentó Freddy desde el asiento de atrás—, ¿no ha podido acabar mal de la cabeza? Por Dios, tantos años en la India...

—Yo creía que había muerto asesinado hace ya tiempo —le interrumpió Fabián.

—Al parecer, se le dio por muerto. De hecho, está enterrado en Madrid, pero de manera extraoficial entró en el paranoico mundo de los lunáticos —contestó Freddy.

—De lunático creo que no tiene nada ¿No es el operativo que eliminó al terrorista Suleiman Khan? —preguntó Tom.

—Sí —contestó Laura.

—Y a tantos otros, aquí en la India y en Europa —añadió Freddy—. Nunca ha sido capturado. Según tengo entendido, ha ido dejando en la India un reguero de sangre, ¿durante cuánto tiempo? ¿Diez, quince años?

—Tiene su lógica contratar a un asesino profesional para encontrar a otro —intervino de nuevo Óscar frente al volante.

—Según he oído, mucha gente anda detrás de él —dijo Tom—. Su cabeza contiene demasiada información para permitir que siga pegada al cuerpo.

—Vosotros manteneos alejados —intervino malhumorada Laura.

—Lo siento, pero no podemos —dijo Fabián.

—Es una orden.

—Las órdenes las da Julián y nuestro deber es protegerte —intervino Óscar.

—No quiero que interfiráis.

—No lo haremos, pero tendremos todo el tiempo vigilado a David Ribas —advirtió Freddy—. Ante cualquier peligro, intervenimos. Lo siento, pero este es nuestro trabajo.

—Por el amor de Dios, él es de los nuestros.

Tom rio.

—Que yo sepa, es ahora más indio que español.

—No lo creo —aseveró Laura—. El hecho de que viva aquí no le convierte en indio. Al contrario, se hace más fuerte el vínculo con su país de origen, porque lo añora y dedica su vida a protegerlo.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo conozco muy bien.

—¿Cómo de bien? —preguntó Óscar esbozando una sonrisa pícaro mientras movía el volante.

—¿Tienes que llevar siempre un palillo? —le inquirió ella.

—Me ayuda a concentrarme en la carretera.

—Prueba el chicle. —Tras una breve pausa, Laura añadió—: Os recuerdo que él está aquí desde que su mujer murió asesinada, y ha dedicado su vida a erradicar el terrorismo islámico.

—Se está convirtiendo en un mito por el reguero de sangre que deja a su paso —comentó Freddy—. Un largo historial de éxitos y una habilidad para pasar inadvertido le preceden.

—¿No hay sicarios rusos tras él? —preguntó Tom.

—¡Como si ya no tuviera suficiente en la India! —exclamó Freddy.

—Es duro de la hostia —dijo Óscar, moviendo el palillo entre sus labios apretados.

—Sí que lo es para poder sobrevivir durante tanto tiempo —masculló Tom.

Construido en 1835, el edificio que albergaba el hotel Rambagh Palace era un palacio del marajá de entonces. Muchos años más tarde se convirtió en hotel. Rodeado de maravillosos jardines con cascadas, fuentes, un césped perfecto y las más exóticas plantas, todas elegidas y colocadas siguiendo un especial diseño, hacían que su estancia fuera muy placentera en una ciudad como Jaipur, caótica y sucia.

Óscar condujo hasta el pórtico. Un hombre ataviado con ropa tradicional fue a abrir la puerta, pero Óscar se apresuró bajando la ventanilla: «*Parking, parking*», dijo. El indio le indicó que siguiera adelante y en un inglés con marcado acento indio le dio otras direcciones.

Óscar cabeceó exageradamente, dando las gracias.

—¿Vosotros habéis entendido algo? —preguntó mientras aceleraba—. Y yo que creía que sabía inglés.

—Te ha dicho recto, gira a la izquierda, y pasada la colección de coches *vintage*, está el *parking* de visitantes —contestó Laura.

—Ni en Inglaterra los pakistaníes pronuncian así el inglés. —Óscar se puso a imitar el acento indio. Sus compañeros rieron su pantomima.

## 20

Tom entró primero, cogió un folleto turístico de la recepción y se situó en un punto estratégico, donde controlaba visualmente la estancia. Vio a un hombre de unos cuarenta y tantos años, rondando los cincuenta, pelo corto canoso, metro ochenta, más o menos, en forma, pero no musculado de gimnasio, «porque los músculos grandes no sirven más que para impedir ganar velocidad», pensó; pantalón vaquero, zapatillas de deporte y camisa de color azul oscuro. «Parece un tipo corriente», dijo a través de su pinganillo. «No hay que desestimarlo», escuchó que dijo Fabián.

Laura entró a la recepción. Detrás de ella, guardando las distancias, los demás.

David Ribas dejó el periódico que estaba leyendo sobre la mesa y se levantó.

—No me ha extrañado que vinieras acompañada.

La capacidad de observación y análisis era algo que David Ribas había perfeccionado a lo largo del tiempo: o uno la mejoraba en el mundo en el que vivía o no se sobrevivía.

Laura García mantenía un rostro inexpresivo. Sus gafas de sol ocultaban sus ojos. Le dedicó una sonrisa discreta.

—Me alegro de verte —dijo sin mencionar a sus compañeros. Cogió las gafas de sol y se las colocó hacia arriba, sobre la cabeza.

Ambos evitaron el contacto físico.

David sabía que ella era una agente de campo contumaz. Había alcanzado el puesto de responsabilidad más alto en el Cervantes por sus agallas y no menos que por sus méritos propios.

—¿Quieres sentarte dentro o fuera? —preguntó él.

—Fuera —respondió.

Caminaron hacia la parte interior del jardín. El suelo de mármol brillaba y el ambiente no podía ser más lujoso, teniendo en cuenta la miseria que se podía observar fuera de aquellos muros.

—Un lugar muy bonito.

—Y acogedor. Ha tenido como huéspedes a Louis Mountbatten, el príncipe Carlos e incluso a Jacqueline Kennedy.

—No me sorprende.

Se sentaron en una de las mesas de la terraza. Los asientos eran de mimbre y tenían cojines estampados con diseños florales.

Laura alzó la mirada cuando David se sentó frente a ella.

—Te veo más delgado.

—Y yo a ti algo más estresada.

El camarero impolutamente ataviado encendió el ventilador de techo y el aire agitó los mechones morenos de Laura. Varios metros más allá se había situado Freddy, apoyado en una columna, bajo las aspas de otro ventilador de techo. En el jardín, bajo una sombrilla y aparentando que leían folletos turísticos, estaban sentados Tom, Óscar y Fabián.

El camarero tomó nota de las bebidas. Laura solo quería un té. David pidió otro.

—Te sienta bien el pelo corto y la cara afeitada —dijo ella cuando el camarero se hubo marchado.

—Un cambio no me venía mal, además es lo más cómodo para sobrevivir al calor.

—¿Qué haces tan lejos de Bombay?

—Turismo.

—¿Turismo? Me lo creo —dijo haciendo una mueca, dando a entender su incredulidad. Hubo un momento de silencio—. ¿Eres feliz, David?

—¿Qué quieres decir? —preguntó. Aquella directa le había cogido desprevenido.

—Es una pregunta normal. ¿Eres realmente feliz aquí en la India?

El perspicaz talento de Laura para manejar a las personas le hacía sentir algo incómodo.

—Depende de lo que signifique la palabra «feliz» para ti. Creo que tenemos diferencias acerca del significado de la felicidad. Pero yendo al grano, supongo que estás aquí por el secuestro del embajador, no para evaluarme psicológicamente.

—Y por los últimos asesinatos de empleados de la embajada —puntualizó Laura.

—¿Qué quieres que haga por vosotros?

—Queremos que encuentres al embajador antes de que le corten el cuello como un cordero delante de una cámara.

—No soy detective, y por lo que he visto hoy, tienes a muchos hombres en nómina —replicó David.

Laura se quedó mirándolo. Daba la impresión de que le había dolido el comentario.

Les trajeron las bebidas. Laura tomó un sorbo antes de hablar.

—La verdad es que resulta difícil relacionarse contigo. ¿Sabes cuál es el problema?

—Dime.

—Que permaneces mucho tiempo fuera de España. Estas dentro del círculo todos los días. Debes salir. Un buen analista de campo...

—Yo no soy analista.

—Llegaste a la India siendo uno.

—Agente operativo, Laura.

Ella se reclinó en el asiento, asimiló su respuesta y asintió. Decidió dirigir la conversación sin rodeos. Le contó de forma sucinta lo ocurrido con la consulesa Marta Ruiz.

—David, si el embajador aparece en un vídeo siendo degollado, la humillación a España, a todos los españoles y a todos los valores occidentales sería terrible. Y no hay que mencionar el daño que causaría a la autoestima de los ciudadanos españoles. Se doblegarían ante la inmigración en masa de los musulmanes africanos.

—¿Se han puesto en contacto con el gobierno o con la embajada?

—El ministro de Exteriores ha recibido un ultimátum.

—¿Qué ultimátum? —insistió David.

Laura tamborileó los dedos sobre el ancho reposabrazos de mimbre y dejó la mirada perdida por el jardín.

—Necesito tu número por si quiero ponerte en contacto contigo directamente. Como comprenderás, no puedo esperar que en Madrid Julián llame a Hassena en Bombay y ella a ti, para luego ella informar, etcétera. Esto causaría una demora en nuestras comunicaciones.

—Toma —dijo David escribiendo un número en la esquina de un folleto del hotel—. No será por mucho tiempo que mantenga este número.

Laura se lo guardó en el bolso. Dio otro sorbo al té y lo miró de forma penetrante antes de contestar.

—Respondiendo a tu pregunta. El gobierno de España tiene unos días para dar la orden oficial

de retirada de las tropas españolas en Afganistán e Irak y la liberación de todos los presos musulmanes que se encuentran en cárceles españolas.

—¿Cómo se han comunicado con el Gobierno? ¿A través de algún medio de comunicación afín?

Laura sacó su Blackberry.

—Esto es lo que la embajada en Nueva Delhi ha recibido en su dirección de correo público de contacto.

En el vídeo de poco más de dos minutos, el embajador mantenía la mirada fija en la parte central de la cámara, como si estuviera respondiendo a las preguntas de un entrevistador televisivo o más bien leyendo en cartulinas lo que debía decir. Vestido con un mono naranja, se le veía agotado, asustado. Si en el plazo dictado no se anunciaba oficialmente la retirada de las tropas españolas y la liberación de todos los presos musulmanes en cárceles españolas, le matarían, decía el embajador intentando mantener la compostura.

—Los terroristas del Estado Islámico proceden de muchos países distintos y el número de etnias que componen el grupo es mucho mayor. Lo que ha estado sucediendo con los empleados de la embajada es algo muy inusual.

Laura se sintió optimista al escuchar aquel análisis. David se implicaría en el caso.

—¿Te suena el nombre de Abdul Quadir? —Le enseñó en su teléfono móvil la foto que le había enviado Varun Grover desde Madrid.

—No, ¿por qué?

—Es la persona que se hizo pasar por doctor en la clínica donde secuestraron al embajador. No sabemos nada de él.

—Puede que sea parte del eslabón, pero se mantiene al margen, por eso evita ser fichado por organizaciones de inteligencia. Debe de ser uno de los que dictan las órdenes, no el que las hace cumplir.

—Varun Grover ha hackeado todos los móviles de los empleados de la embajada. Les instaló un *software*, una especie de transmisor permanente. Recibía todas las llamadas, mensajes, correos electrónicos e incluso consiguió meterse en los ordenadores de mesa de cada uno. Al final el topo resultó ser el recepcionista.

—Doy por entendido que el Gobierno no cederá a las presiones. Aunque no me sorprendería nada si actuase en conmiseración hacia los terroristas, sacando a las calles españolas a los radicales y criminales islamistas.

Laura frunció el ceño.

Se sumieron en un silencio incómodo, como si el tono en el que se estaba llevando a cabo la conversación los avergonzara a los dos.

—Nosotros no podemos operar en el exterior durante muchos días, solo desde nuestro piso franco —comenzó a explicar Laura—. Somos incapaces de desenvolvernos por el país durante mucho tiempo. Llevamos pocos días y nos habremos dejado notar por el gerente de la tienda de comestibles donde nos aprovisionamos de botellas de agua, y hasta por los vendedores ambulantes que circulan por el vecindario de nuestro piso franco. El aspecto que tenemos, y cómo nos movemos y a qué hora, despierta la atención y no menos curiosidad. Si permanecemos mucho tiempo así en Nueva Delhi, hasta el servicio de inteligencia indio comenzará a indagar sobre nosotros, comenzarían a tomar fotos de cada uno... en fin, estaríamos en la diana. Tú pasas por uno de ellos y sabes desenvolverte.

—Ya.

—David, escucha. Mi equipo y yo regresamos esta noche a Madrid con la consulesa Marta Ruiz en un vuelo privado. En España, el Cervantes se dedica a vigilar a los cientos de yihadistas y extremistas radicales, entre los que puede haber un loco suicida dispuesto a sembrar el terror. Protegemos nuestro país las veinticuatro horas del día de la sociedad que esos fanáticos defienden, de las aberraciones que son bastante difíciles de entender. El tiempo es limitado para dar con el embajador, pero así es en nuestra lucha diaria en España para evitar los atentados que se pueden producir en cualquier momento. Mi deber es evitarlos.

—¿Qué habéis averiguado del recepcionista?

Laura dio un último sorbo al té y volvió a dejar la taza.

Sacó de su bolso dos fotografías de Ashwin Trivedi y le puso al corriente sobre las cámaras ocultas

—No ha vuelto por la embajada. Su teléfono de contacto no existe y no utiliza el correo electrónico. Debe de estar escondido en su lugar de origen. Si das con él, podrás dar con el paradero del embajador.

Laura no apartó la mirada del rostro de David.

De pronto, él pensó en la ironía que suponía colaborar con una organización que en un pasado no muy lejano había dado la orden de asesinarle.

Era un momento incómodo. Laura García pensaba, no sin razón, que la actitud fría de David Ribas era por aquel caso desgraciado.

—Cuando yo entré a formar parte como operativo fue con el objetivo prioritario de proteger a mi país, y a sus ciudadanos, no a sus políticos o funcionarios.

—No se trata de un político, se trata de la vida de un español. Pon su cargo a un lado. Es un ciudadano español. —Hubo un momento de silencio entre los dos—. Tú y yo no tenemos una familia que nos espera en casa. Además, dedicamos nuestras vidas a preservar en otros los derechos de libertad que los terroristas les quieren arrebatarse. Por Dios, dejemos atrás las rencillas del pasado. —Entre ellos se hizo una vez más el silencio. Entonces ella le preguntó—: ¿Alguna vez lo echas de menos?

David miró alrededor y esbozó una sonrisa.

—¿A qué te refieres?

Laura cogió las gafas de sol y empezó a limpiar los cristales frotándolos con la servilleta de fina tela.

—A formar parte del mundo normal.

—¿El mundo normal?

—En volver a España algún día.

—No.

Examinó las lentes de las gafas, frunció el ceño y se las puso.

—Confío en que darás con el embajador —sentenció. Se levantó y se fue por el jardín inundado de sol. Freddy, Tom, Óscar y Fabián la siguieron.

David Ribas la observó yendo por el pasillo de la terraza hasta que dobló la esquina, desapareciendo de su vista y, detrás, sus hombros. Entonces, se percató de una persona que en el jardín tomaba fotos aparentando que su objetivo solo era captar el majestuoso edificio y sus alrededores.

Cuando Laura regresó a la furgoneta y salían del hotel, internándose en el caótico tráfico de Jaipur, permaneció sentada con la mirada perdida.

—¿Ha ido todo bien? —preguntó Óscar echándole una fugaz mirada mientras conducía. Del

bolsillo de su pechera sacó un palillo y se lo colocó en los labios.

—No sé si esta ha sido la última vez que lo he visto con vida —contestó muy seria.

## 21

Santiago González despertó de un profundo sopor sin sueños. Sintió náuseas. La habitación no había sido limpiada y desprendía un espantoso hedor.

Oyó pasos que se acercaban.

La misma persona con su pestilente olor a sudor se aproximó. No le quitó la mordaza para alimentarle. En vez de la capucha de tela a la que estaba acostumbrado para impedir ver a sus captores, le pusieron una bolsa de plástico.

«Ya está. Este es el final de mi recorrido». Estaba convencido que le iban a asfixiar. Pero le cogieron por los brazos y lo levantaron. Las piernas las tenía entumecidas; aun así, consiguió dar los primeros pasos y continuar caminando hacia donde le dirigían.

«¿Me van a liberar? Sí, será eso». Recorrió unos metros hasta que sintió estar al aire libre. Sintió el sofocante calor. Oyó cómo se abría una puerta corredera. «Una furgoneta. Igual me llevan al mismo sitio donde me secuestraron». Entonces, lo cogieron por las piernas, lo auparon y lo metieron en posición fetal en el suelo, entre los asientos. Una persona se sentó a su lado e indicó en idioma local al conductor que ya podían ponerse en marcha.

«¿Habrán pagado un rescate? ¿Qué habrá ocurrido?». Intentó estirar su dolorido cuerpo, pero el espacio era demasiado angosto.

—No te muevas y todo irá bien —le ordenó en inglés la persona que tenía al lado.

Santiago comenzó a recuperar el optimismo. Le dolían mucho las rodillas. Aquel episodio era lo peor que había experimentado en su vida: así lo mencionaría en sus memorias, pensó.

«Pero ¿por qué la bolsa de plástico en la cabeza?».

Tras un tiempo circulando por asfalto, el vehículo entró en un terreno de gravilla, dando sacudidas y bandazos.

Se dijo a sí mismo que debía mantener la serenidad ocupando su mente en otra cosa. Pensó en su esposa, en cómo le recibiría, en el abrazo en el que se fundirían. Él lloraría, al fin y al cabo, siempre se había considerado un romántico. Luego, un baño caliente y le diría a Carmen que preparara una tortilla como solo ella sabía hacer, como cuando eran novios. «Ah, la inocencia de la juventud. El placer radiante por un nuevo descubrimiento. ¿Por qué no se podría volver al pasado y rehacer de nuevo la vida evitando las malas decisiones y los fracasos?».

El conductor había puesto el aire acondicionado. La temperatura en el interior era muy agradable. Aquel frescor le hizo sentir a Santiago somnolencia. Cerró los ojos.

David Ribas aparcó detrás del remolque de un camión el Maruti Suzuki Celerio con el que se había estado moviendo durante su estancia en Jaipur y alrededores en la búsqueda de Gullu.

Había seguido a aquella persona que estuvo sacando disimuladamente fotos en los jardines del hotel Rambagh Palace mientras él estaba reunido con Laura García.

Levantó su arma a la altura de los ojos y entró decidido en la casa de la acera de enfrente.

Olía a comida pasada y a tabaco. El suelo de linóleo estaba mal cuidado e incluso en algunas partes estaba levantado; debía tener cuidado para no tropezar. En una esquina opuesta había cuatro bombonas de gas. Ya de por sí aquello le indicaba que los residentes no eran inocentes ciudadanos, pues el gobierno indio solo permitía una bombona por vivienda.

Dio un paso al frente, iluminado por el parpadeo de un televisor plano de más de cuarenta pulgadas. Hizo un barrido apuntando con el arma en todas direcciones. Entró en la siguiente habitación y repitió la operación.

Iba a salir por la puerta posterior, cuando oyó un sonido que provenía de arriba, eran unos pasos rápidos. ¿Le habrían descubierto? Así era. ¿Dónde estaban las escaleras? Por el ruido supo que hacia la derecha.

Un hombre se abalanzó sobre él con un cuchillo. David alzó el arma y apretó el gatillo. La bala le atravesó el cráneo limpiamente.

Otro hombre apareció, pero con movimientos más indecisos. Al ver a su compañero abatido, tiró al suelo la pistola que tenía en la mano. Aquel era el fotógrafo.

—No dispare, por favor.

—Al suelo, boca abajo, brazos y piernas abiertos —le espetó David—. Si alzas la mirada, te pego un tiro en la cabeza.

Obedeció.

David miró a su alrededor, se aseguró de que no había nadie más. Ató las manos de aquel hombre y los pies con una cuerda que había sobre la repisa de un mueble.

Subió unas escaleras estrechas y dando una patada a la puerta, entró en la planta superior, era un dúplex.

El olor lo golpeó de lleno. Reconocía ese olor, era el de un ser humano en cautividad. En un rincón había una capucha y había manchas de sangre sobre el suelo embaldosado en vez de linóleo como en la planta de abajo, lo que facilitaba la limpieza de sangre o de cualquier otro líquido.

No había ventanas; el lugar estaba aislado acústicamente para impedir que los gritos se pudieran escuchar en el exterior. Un cubo de metal estaba junto a la pared: había sido utilizado como retrete. La silla de madera estaba construida, sin duda, para mantener a una persona retenida.

Fue abajo. El hombre permanecía tumbado en el suelo, atado. Lo cogió de un brazo y lo puso boca arriba.

David dedujo que en sus ojos no había rastro de miedo o terror. Lucía una cicatriz irregular en el mentón, las heridas de arma blanca no cicatrizaban por completo. Tenía los ojos inyectados en sangre.

Por otro lado, el hombre observó a aquel rostro de aspecto extranjero con escepticismo.

—Suéltame.

—Primero voy a hacerte una serie de preguntas.

—No sé nada. Yo no soy como ellos. Me embaucaron, créeme.

David frunció el ceño, movió la cabeza a un lado y otro, lentamente. Según su experiencia, una persona retenida de aquel modo se comportaría de forma distinta, y esto era un signo que los profesionales solían detectar. Aquel hombre había pasado por un sofisticado entrenamiento. No se dejaría manipular: le golpeó la nariz con el canto de la mano, rompiéndole el tabique nasal. El hombre gimió de dolor.

—Te doy una sola oportunidad, ¿lo has entendido? —El hombre guardó silencio—. Lo consideraré como un sí. Veamos, quiero me digas dónde puedo encontrar al extranjero que tenéis secuestrado.

—No sé de qué me hablas. Me has roto la nariz. Llévame a un hospital.

Su acento en hindi delataba su procedencia, era del sur de la India. Con el tiempo, el sur de la India, especialmente en los semilleros del comunismo de Kerala y Tamil Nadu, se había convertido en un territorio particularmente permeable al extremismo islamista.

David le tapó la boca con cinta aislante que encontró en un cajón. Lo alzó. Lo sacó a rastras al exterior. Abrió el maletero del coche y lo metió en el interior, cerrando con un portazo.

Tras salir de Jaipur y conducir media hora por el interior, paró el vehículo y salió.

Al cabo de quince minutos abrió el maletero. David Ribas estaba acompañado de dos hombres con aspecto de ganaderos, vestidos de blanco: los dos con sendos bigotes y los rostros arrugados por la larga exposición al sol; sobre sus cabezas llevaban un típico turbante llamado *pagri*. Uno de ellos sacó una rata de un baúl de madera lleno de pequeños orificios. Sosteniéndola por el rabo, la acercó al interior del maletero.

El hombre chilló.

—Te lo vuelvo a preguntar —le espetó David—: ¿dónde está el extranjero?

—No lo sé —contestó temblando—. Yo he venido de Delhi. Seguí a la furgoneta y me dijeron que tomara fotos.

—Y resulta que me recibiste con una pistola en la mano, vaya casualidad.

—Yo solo soy una persona que cumple órdenes. A mí me dijeron que vigilara los movimientos de la embajada, y seguí a esa señora hasta el hotel Rambagh Palace.

—Mientes.

El campesino iba a lanzar el animal al maletero, cuando el hombre gritó:

—Conozco a una persona que puede saber quién lo tiene secuestrado. Si te lo digo, ¿me soltarás?

—El nombre. Dime cómo se llama y dónde puedo encontrarlo.

—Se llama Ashwin Trivedi.

—¿Dónde se encuentra?

—Por lo que yo sé, está en Varanasi. Se oculta en el interior de una fábrica textil llamada Textiles Deepika.

Aquel hombre era un terrorista y desde luego había sido entrenado. Una persona común se hubiera puesto a confesar absolutamente todos los detalles desde el principio. Solo le estaba revelando algo que posiblemente conociera, quizá para ganar tiempo o confundirle. Era inútil seguir interrogándole. El tiempo corría en contra de poder salvar al embajador.

David Ribas hizo un gesto a los dos hombres. Levantaron el baúl y volcaron todo el interior dentro del maletero. Más de una rata consiguió salir saltando sobre la tierra, perdiéndose por el

campo abierto antes de que cerrasen de golpe el maletero.

David dio la vuelta al vehículo y puso la radio. Subió el volumen para no oír los extenuantes gritos de socorro mientras las ratas se daban un festín. Sonaba una canción popular de una superproducción de Bollywood.

Aquellos campesinos eran nómadas que estaban a las afueras de Jaipur. Procedían de una comunidad hindú marginada de la sociedad llamada Musahar o también conocida como Banbasi, que se dedicaba a cazar ratas. Muchas veces las utilizaban como alimento.

David les dijo que se quedaran con el vehículo a condición de hacer desaparecer lo que quedase del cuerpo. Los componentes mecánicos los venderían, así como la carrocería.

Luego se subió a la parte trasera de la moto de un repartidor de leche, con cazuelas metálicas colgando en los laterales, y este le dejó de regreso en Jaipur.

## 23

Cuando había llegado al centro ciudad, el teléfono móvil vibró en su bolsillo. David contestó la llamada.

Laura le explicó que habían recibido la información a través de la embajada, que los terroristas irían a liberar al embajador en los alrededores de un pueblo llamado Rewari.

—El mensaje que han enviado a la embajada ha sido muy conciso, que la persona seleccionada llegue sola, sin apoyo, y nada de trampas. Es decir, tú.

—¿Quién ha mencionado mi nombre?

—Ellos.

—¿Ellos? ¿Qué significa esto?

—No lo sé. Igual han visto tu implicación en la búsqueda del embajador.

—Laura, ¿desde cuándo unos terroristas actúan por deducciones?

—Si me preguntas por qué, no puedo darte una respuesta. Solo sé que quieren que seas tú quien esté ahí para recoger al embajador. Igual confían en ti.

—No espero que lo hagan.

—Al menos prométeme que no pondrás en peligro al embajador.

—Yo no te prometo nada. Salgo ya.

—Te envío la localización a tu móvil. Suerte.

David observó a su alrededor. Necesitaba un medio de transporte. Vio una motocicleta Hero Honda aparcada en la acera. Se subió, hizo un puente, arrancó y se internó en el tráfico.

Para ganar tiempo, se metió en la carretera general de cuatro carriles. Excepto algún camión y unas furgonetas cargadas de turistas en dirección a Delhi, no había tráfico. El terreno era llano. A los lados de la carretera había torres eléctricas en medio de campos agrícolas y carteles publicitarios.

Comprobaba a menudo el nombre de las salidas, hasta que dio con Rewari, tomando el desvío. Se aproximaba a Narampur, la zona mencionada a las afueras de la localidad. El terreno iba siendo más montañoso.

David se preguntaba si estaría vivo el embajador. Este modo de proceder era más propio del crimen organizado que el de terroristas islamistas, que por lo general no se entretenían con juegos.

Tomó una curva de la carretera y se adentró en un camino de tierra. Pasó por un campo donde un grupo de búfalos pastaban a la sombra.

La moto Hero Honda respondía hasta el momento sin ningún problema. Miraba al horizonte, prestaba atención, tenía la sensación de que estaba llegando. Aceleró.

El paisaje fue cambiando paulatinamente. No había gran cosa alrededor. Era un lugar agreste, seco, sin cultivo alguno, abandonado. Pero entonces vio la edificación de una chimenea que se utilizaba para fabricar ladrillos. Había un sinuoso camino de tierra que conducía hasta ella.

Llegó hasta la colina mencionada en las coordenadas. La motocicleta fue perdiendo velocidad. A lo lejos vio un vehículo. Entonces, la Hero Honda dejó de responder tan bien como lo había hecho hasta entonces: vio el combustible vacío. La moto paró tras una serie de trompicones. La tiró al borde del camino y salió corriendo.

A los lados había campos llenos de maleza por falta de cultivo, y enfrente, la pequeña fábrica

de ladrillos. Esa chimenea no le gustaba nada, estaba relacionada con destrucción, un mal presagio.

Para un hombre al borde de los setenta años, estar en el interior de un vehículo, muy probablemente en el maletero, bajo aquel implacable sol, podía causarle una muerte por asfixia. Así pues, impulsado por unas férreas ganas de rescatar al embajador, inició un esprint exagerado lleno de rabia y adrenalina.

Mantuvo la velocidad, a punto estuvo de tropezar y caerse al suelo. Las pantorrillas le pesaban como si fueran bloques de piedras. «¡Vamos, David, lo vas a conseguir! ¡Vamos!», gritó. Mantenía la respiración acompasada.

Rememoró su ascenso por las escaleras de servicio del hotel Taj Mahal Palace de Bombay. El hotel estaba bajo asedio, él había sido herido y subía por las escaleras hacia la planta donde estaba el restaurante, en el que había dejado a su esposa. A pesar de encontrarse herido, tenía que conseguir llegar hasta ella y protegerla. Cuando llegó fue demasiado tarde, la habían asesinado al igual que a los demás huéspedes del hotel. Pero esta vez se dijo a sí mismo que lo conseguiría.

Dejó la fábrica de ladrillos y la chimenea atrás. Iba aproximándose. Ya estaba a escasos metros. «¡Aguanta, Santiago!», gritó al aire.

El terreno comenzó a ascender. Vio una furgoneta Omni de color blanco y cristales tintados de negro. Enloqueció. «¡Aguanta, Santiago!», volvió a gritar.

Llegaría a tiempo, estaba seguro. Estaba cerca. Coronó el promontorio. Entonces, oyó un ruido.

Por unos segundos pensó que estaba dentro del hotel Taj Mahal Palace siendo asediado por terroristas. «¡Cristina!», gritó con todas sus fuerzas antes de ser cegado por una deflagración.

Una explosión levantó varios metros en el aire al vehículo, lanzando fragmentos de la carrocería por todas partes. La onda expansiva le impulsó hacia atrás. Cayó a tierra, jadeando. ¿Era todo eso real?

La onda expansiva hizo saltar los cristales de las casas de unos agricultores vecinos. Asustados, llamaron a las autoridades.

Al cabo de muchas horas llegó la policía. La carrocería de la furgoneta Omni aún seguía en llamas. Dedujeron que el depósito estaría lleno. Además, pudieron ver desde una distancia prudencial varios bidones que había en su interior, posiblemente de combustible, lo que explicaba aquella bola de fuego que no cesaba. Informaron por radio a la comisaría y enviaron un camión con un depósito de agua.

Extendieron una manguera. Tras remitir el fuego y estudiar el interior, vieron la figura de un cuerpo humano.

Se informó del caso de la explosión y del cuerpo al departamento competente de Jaipur, capital del estado de Rajastán.

Horas después, el departamento de investigación criminal de Nueva Delhi hizo su aparición. Se tomaron muestras de ADN. Tras la autopsia, la descripción del cuerpo coincidía con la del embajador secuestrado. Se avisó de inmediato al ministro del Interior y este informó a la embajada de España.

Los expertos indios indicaron en su informe forense que el embajador Santiago González presentaba varias costillas rotas, lo que evidenciaba que había sido golpeado, torturado.

Enseguida las diligencias burocráticas y administrativas se pusieron en funcionamiento y el cuerpo fue repatriado.

En Madrid, el funeral fue multitudinario. El presidente del Gobierno y los ministros asistieron. Su viuda no pudo reprimir el llanto durante el evento.

En una posterior rueda de prensa, el ministro de Exteriores de España negaba con rotundidad que se hubiera producido un atentado. Alegó que el embajador había muerto tras estrellarse el coche que conducía, una vez que fue liberado. Había sido todo «un trágico y lamentable accidente». El presidente del Gobierno vio un repunte en su popularidad, al haber conseguido liberar al embajador de las garras de sus secuestradores. «Sin embargo, en todas las historias no siempre hay un final feliz, como a todos nosotros nos hubiera gustado», argumentó frente a los periodistas. «Tras su liberación, conduciendo un vehículo de fabricación india, perdió el control...».

Los periódicos españoles trataron la muerte del embajador como si una tragedia nacional. El Gobierno emitió comunicados de prensa en los que se alababa la brillante carrera del diplomático.

Carmen Losada concedió una breve entrevista a la principal cadena nacional, supervisada por el portavoz de la familia, un prestigioso abogado amigo del difunto Santiago González. La viuda, llorosa, habló de la poca cooperación o más bien nula de las autoridades indias en la búsqueda y rescate de su marido. Agradeció al gobierno de España su preocupación diaria desde que se produjo la desaparición, así como las constantes muestras de apoyo que recibía por parte del personal de la embajada.

Gradualmente, la noticia de la muerte del embajador dejó de ocupar las portadas de los periódicos y el tiempo en los telediarios. Los columnistas de medios de comunicación escrita, y los tertulianos en platós televisivos y en la radio, cambiaron de tema. España se enfrentaba a unos retos inmensos en una época dominada por la COVID-19: una economía en recesión, el paro había aumentado con unas cifras escandalosas, el sector turístico se había desplomado y el país sobrevivía con respiración asistida. Pendiendo sobre toda esa grave situación, solo igualable a la que se encontraba España tras la guerra civil, estaba la muy probable posibilidad de que se celebrasen elecciones nacionales anticipadas.

Consciente de los riesgos políticos que representarían unos resultados adversos para su partido, el presidente del Gobierno y sus socios en el poder se aferraban a la Moncloa como náufragos a una tabla flotante en el mar: pasaban las semanas con nuevas propuestas vacuas, con subvenciones millonarias a organizaciones afines a su ideología y esperando recibir el rescate por parte de la Comunidad Europea, que veía con recelo cómo se convertía España en una Venezuela dentro de Europa.

Santiago González, y todo lo relacionado con la India, había dejado de ser importante.

**Tercera Parte**  
**El Monumento Funerario**

Tras la explosión, David Ribas no esperó. Se levantó y corrió zigzagueando por el camino de vuelta. A punto estuvo de caerse de golpe al suelo. Los tímpanos, taponados, le chirriaban. Era una sensación que la había experimentado en el pasado.

No había nadie en derredor. Estaba en tierra de nadie, un lugar rocoso y agreste. La policía tardaría bastante en llegar a aquel inhóspito lugar. Los bomberos no aparecerían enseguida para apagar un fuego producido en un sitio lejano y apartado. Serían los habitantes locales, los ganaderos y agricultores de la zona, quienes llamarían a las autoridades alertando de un vehículo ardiendo a campo abierto.

Del terreno escarpado pasó a la gravilla y caminó por el asfalto de la carretera.

Un camión se acercaba. David se puso en medio de la calzada y le dio el alto. Le ofreció al conductor una cantidad de rupias por llevarle hasta Jaipur. El conductor le invitó a viajar con él, pero rechazó el dinero; argumentó que era miembro de una secta hindú y consideraba su deber ayudar a los necesitados. El salpicadero estaba lleno de estampas de su líder espiritual.

Durante el trayecto no dejó de darle vueltas a lo sucedido.

Si se hubiera retrasado unos segundos, el embajador hubiera muerto. Si se hubiera adelantado unos segundos, habría muerto de igual forma, pero él también. Dedujo que el embajador ya estaba muerto dentro del vehículo. Todo estaba previamente planeado. ¿Por qué? Todo era extraño y confuso. Algo no encajaba.

Una vez en las inmediaciones de Jaipur, David se bajó y tomó un *autorickshaw* hasta su apartamento alquilado. Necesitaba descansar. Se tomaría una ducha, se tumbaría un rato en el suelo bajo el ventilador de techo a su máxima potencia y analizaría todo lo sucedido.

Esquivando una bicicleta y luego un coche, cruzó la atestada calle. Antes de subir a su apartamento decidió llamar a Hassena. Pidió un té a un vendedor ambulante. Se situó de pie en la acera, con la mirada puesta en el tráfico. Tomó varios sorbos, tiró el vaso de plástico a una papelera rebosante. Llamó.

—El embajador está muerto.

—Cómo.

—Cuando me encontraba a escasos metros, el coche estalló.

—David, querían matarte.

—Es lo que he pensado. Ellos esperaban que me acercara.

—Y detonaron el explosivo desde un lugar seguro, lejos de donde te encontrabas.

—No había nadie a los alrededores.

—Debían de estar muy lejos. Calcularon mal. Aunque te tuvieran bajo vigilancia con unos prismáticos, pensaron que estabas más próximo al coche de lo que verdaderamente te encontrabas. ¿Estás bien? ¿Alguna herida?

—Estoy bien. Pero debo empezar a dar caza a los culpables que dieron muerte al embajador.

—Lo que debes de hacer es deshacerte de tu móvil y dejar tu apartamento. En Jaipur no estás seguro, vuelve inmediatamente a Bombay.

—De momento no voy a volver. Creo que encontrando a Ashwin Trivedi, el recepcionista de la embajada española, pueda dar con los autores. Necesito que me des alguna información sobre él.

He averiguado que puede estar en Varanasi, escondido en una empresa llamada Textiles Deepika.

—Veré qué puedo hacer. Mantente alerta y lleva cuidado.

Quitó la tarjeta SIM, la rompió y la tiró por el hueco de un alcantarillado, donde con toda parsimonia acababa de entrar una rata gorda con un rabo largo y pesado.

Subió al apartamento. Entró. El interior estaba en penumbra. Antes de dejar el apartamento por última vez había corrido las cortinas para que los rayos del sol no calentasen la estancia durante el día. A pesar de ello, el ambiente estaba muy cargado.

Enseguida captó que algo sucedía. Se detuvo frente a la cocina, donde iba a coger una botella de agua fresca. Respiró, aguzó el oído.

Permaneció inmóvil durante varios minutos. No escuchó nada, pero intuía que algo no iba bien. Tenía el presentimiento de que habían entrado en el apartamento. Esperó y esperó.

Transcurrieron diez minutos y luego quince.

Se escuchaba el ruido del tráfico con el bocinado de vehículos, el griterío de la gente, los estridentes frenos de los autobuses públicos, alguien soltó injurias hacia un motorista y un vendedor gritó su mercancía fresca. Pero dentro del apartamento no pasaba nada. Había una perfecta quietud.

Presentía que le estaban vigilando. «Quizá me estoy volviendo paranoico». Pensó que su estado de inquietud se debía a la conmoción de la explosión.

Decidió salir y ordenar las ideas, porque algo sucedía.

Lo primero que haría sería inspeccionar los alrededores, conocer el entorno. Daría una vuelta al vecindario observando a la gente. Entonces sabría si había alguien vigilando sus movimientos.

Se quitó la camiseta, se lavó rápidamente la cara con una pastilla de jabón antiséptico Dettol y se cambió de ropa. Abrió un cajón, sacó un bulto pesado envuelto en una toalla de cocina. Se guardó la pistola debajo de la camiseta. Aunque su cuerpo le pedía descanso, decidió salir a la calle.

Cerró la puerta y bajó.

Cruzando el umbral hacia la salida del edificio fue cuando oyó unos pasos a su espalda. Su mano derecha sacó la pistola, retiró la palanca del seguro mientras que su dedo índice enroscaba el gatillo. Iba a girarse cuando recibió la descarga de una pistola eléctrica Taser.

Todo había sucedido tan rápido y tan bien calculado que David no pudo hacer nada. Contorsionado en el suelo con convulsiones, sintió el contacto de su piel con unos dedos cubiertos con guantes de látex.

En medio de las convulsiones notó el pinchazo de una aguja hipodérmica en el cuello. ¿O quizá serían los efectos secundarios de la corriente? No lo supo con claridad porque la oscuridad lo envolvió.

Se despertó aturdido y mareado sobre una tabla de madera a modo de camastro. No había muerto, de eso estaba completamente seguro. La cabeza le daba vueltas. Notaba un sabor terroso en la boca.

Lo primero que le vino a la cabeza es que estaba cautivo y que debía conocer lo que le rodeaba, analizarlo y saber cómo sacar provecho para escapar.

Se inclinó. Se pasó la mano por el vientre plano. Le dolían las costillas y la cabeza le daba vueltas.

Por experiencia, supo que su estado era por la droga que le habrían administrado más que por el tiempo que había permanecido tumbado en posición horizontal. Cuatro, cinco horas. No estaba seguro, pero había permanecido durmiendo mucho tiempo.

Consiguió poner los pies sobre el suelo. Tuvo una sensación de mareo. Estaba aturdido. Tomó aire y expiró. Siguió haciendo ejercicios de respiración pausados.

La habitación sin ventanas era muy pequeña, de construcción de hormigón sólido. Un camastro, un lavabo con espejo sucio empotrado a la pared y la gruesa puerta de hierro eran la única decoración. Hacía frío, lo que indicaba que estaría en un sótano.

Se levantó y caminó hacia el espejo. Tenía marcas en los costados. La firmeza de sus marcados abdominales era debido a la dureza con la que se ejercitaba a diario. En el mundo en el que vivía la grasa corporal impedía ser rápido.

Estaba claro que lo querían vivo. ¿Quiénes eran y por qué?

Se acercó un poco más a observar su propio reflejo en el cristal. En el cuello no tenía la marca de la aguja hipodérmica.

Escuchó pasos en el exterior, se aproximaban a la habitación donde estaba. Volvió al camastro, se tumbó de costado, haciéndose el dormido, con los parpados apenas abiertos para registrar la entrada en la habitación de sus secuestradores.

Dos hombres entraron. Uno de ellos llevaba en la mano un mono naranja, el otro cogió la muñeca de David y le tomó el pulso. Entró una tercera persona, colocó un trípode y ajustó una cámara Nikon mientras otro hombre colocaba una bandera negra en la pared. Surgió una breve discusión sobre quién de ellos tendría el privilegio de cortar el cuello.

—No lo dejéis así —ordenó de forma imperativa una cuarta persona entrando en la estancia: David lo reconoció como Abdul Quadir por la foto que le enseñó Laura—. Atadle las manos, imbéciles. Antes de que despierte.

—Le metimos una buena dosis —dijo uno—. Creo que tardará en despertar.

David abrió los ojos. Al primer hombre que tenía más cerca le golpeó en la región posterior de la rodilla, haciéndole caer al suelo de rodillas, apoderándose del machete que tenía en una mano y atizándole en el cuello, cayendo a sus pies. El segundo hombre se abalanzó sobre él, pero David ya había levantado el machete, sesgándole la garganta. El tercero levantó su AK-47: era un error portar en un espacio tan reducido aquella arma. Apartó el cañón y le clavó entre las costillas el machete, desplomándose contra el suelo.

Tras hacerse con el fusil, iba a disparar a Abdul Quadir, pero ya había huido.

Registró los bolsillos de los terroristas. Sacó todo el dinero en metálico que llevaban consigo

y se lo guardó. Se llevó un teléfono móvil. Salió a toda prisa de la habitación. No dudaba de que Abdul Quadir traería ayuda.

Corrió por varios pasillos. Aquella edificación estaba hecha de piedras sólidas. Algo le indicó que no se encontraba en Jaipur. Ningún edificio en Rajastán estaba construido de aquella forma.

Subió corriendo las escaleras, saltando de dos en dos los peldaños con mucho tiento. Era un edificio con un interior bastante intrincado. No estaba en Jaipur, dedujo finalmente.

Tiró el fusil a un rincón antes de cruzar el umbral de la entrada del edificio. Al salir, tomó aire y relajó la musculatura. Empezó a exhalar de forma más espaciada para reducir el ritmo cardiaco. Cruzó la acera. Escudriñó la calle y vio a dos vehículos SUV frenando frente al edificio y un grupo de hombres con armas escondidas bajo sus ropas entrando con rapidez al interior.

Tenía que alejarse del lugar cuanto antes. Mientras caminaba, cogió una gorra de un puesto de artículos turísticos.

Se fijó en las matrículas de los vehículos que circulaban por la calle, UP, Uttar Pradesh. Alzó la cabeza y observó a su alrededor. Leyó con asombro las direcciones de los comercios impresas en sus toldos y marquesinas: Agra.

Con dos millones de habitantes, Agra es considerada la tercera ciudad más grande de la región de Uttar Pradesh, uno de los veintinueve estados que componen la República de la India. La ciudad forma parte de los circuitos turísticos más realizados, sobre todo el llamado Triángulo de Oro: Agra-Delhi-Jaipur.

Entró en una tienda de ropa cuya mercancía ocupaba media acera. Se compró una camisa nueva, y la vieja la guardó dentro de una bolsa de plástico que tiró en el interior de un barril metálico utilizado para quemar basura.

Mientras caminaba, se encontró ligeramente mareado. Lo primero que debía hacer era recomponerse. Alimentar su cuerpo, tomar energías. Nada de actuar a la ligera. Con el estómago vacío no se podían tomar decisiones. Cuerpo, mente. «Así funciona David Ribas», se dijo a sí mismo infundiéndose ánimos.

Pidió en un puesto de comida callejera un té y un plato de *parathas* rellenas de patata cocida. Mientras sorbía el té humeante, analizó la situación. ¿Por qué en Agra? Desde Jaipur habrían tomado la autopista para cubrir los casi doscientos cincuenta kilómetros de distancia. Pero ¿Agra? ¿Estaría aquí el centro de operaciones del grupo terrorista que había cometido los asesinatos de los españoles? Todo parecía extraño. Aunque no tan raro. Agra era un importante centro turístico por el famoso monumento del Taj Mahal. No, no puede ser.

Llamó por teléfono a Hassena utilizando un tipo de encriptación que superaba incluso la plataforma estándar de los estadounidenses de la Agencia de Seguridad Nacional.

—Estoy en Agra.

—¿Qué haces ahí?

—Me secuestraron en Jaipur y me trajeron aquí con el fin de grabarme y cortarme el cuello. Ya sabes, como si fuera un pollo, y a lo halal.

Ella soltó un bufido.

—Te dije que regresaras a Bombay. No puedo protegerte más allá de la frontera de Maharashtra. Podría enviarte a un grupo, pero no llegarían hasta mañana, ya que el avión no es el transporte más recomendado sin van armados hasta los dientes.

—No, Hassena. Lo que necesito es que me digas qué has averiguado de Ashwin Trivedi.

—Está en Varanasi, como me dijiste. Su familia regenta una fábrica de alfombras. Debe de estar escondido, como un conejo en su madriguera. Te envío ahora por mensaje la dirección.

—¿Qué lógica ves en todo esto?

—Los terroristas ponen una serie de demandas imposibles al gobierno español. Laura y su equipo te dejan solo para rescatar al embajador. El gobierno acepta las demandas de los terroristas. Si esto no fuera suficiente, te dicen el lugar para recoger con vida al embajador. Pero a él ya lo habrían torturado de lo lindo y guardado su cuerpo destrozado en el interior del vehículo. El coche estalla cuando tú estabas próximo. Esperaban matarte. Tú me dirás, pero todo parece una serie de eslabones. No hay que ser Sherlock Holmes.

—Por el momento voy a por el recepcionista. Él tiene que saber algo. Espió para ellos.

—Ashwin estará temeroso. Encuéntralo inmediatamente antes de que esa gente dé con él. Querrán eliminarlo para cerrar cabos. Mira la dirección que te mando ahora mismo, y deshazte de inmediato del móvil que estás utilizando, seguro que tiene un dispositivo de seguimiento.

Al cabo de cinco minutos tres hombres irrumpieron en la cafetería, registrando todos los rincones. No vieron nada. Al salir, uno de ellos vio la carcasa rota del móvil junto a unos escombros de basura.

Jalid Al-Hijaz había visitado por última vez el Taj Mahal, epítome del amor, antes del atentado que tenían planeado. Fue el *sha* Jahan quien lo mandó construir a orillas del río Yamuna entre 1631 y 1654 como monumento fúnebre para su esposa favorita, la reina Mumtaz.

A él no le gustaba ni la India ni los indios. Evitaba viajar a un país que consideraba atrasado, sucio y mal oliente. Sin embargo, solía realizar viajes esporádicos a la embajada de Arabia Saudí en Nueva Delhi.

Era el método de siempre; de Riad viajaba con credencial diplomática sin el dinero, este circulaba por los países extranjeros a través de los medios oficiales, las embajadas. Él lo recogía y lo distribuía a personas afines a la causa: la expansión de la ideología wahabí, es decir, la financiación de células del Estado Islámico dispersas por el mundo.

Pero el Taj Mahal lo consideraba un monumento maravilloso. Quería ver de cerca el finísimo trabajo de incrustación de piedras sobre las fachadas del mausoleo de mármol. La inmensa cúpula le pareció atraída más por un reclamo del cielo que por la gravedad de la tierra. Sintió una inmensa emoción caminar por los salientes abovedados. Una embriaguez que lo transportó a rememorar el mundo musulmán mogul, con Akbar el Grande.

Ya de regreso, recostado como un auténtico maharajá en su compartimento con tapices rojos y el aire acondicionado a tope del Palacio sobre Ruedas, miraba por la ventana. Había querido hacer el viaje Delhi-Agra y volver en aquel tren de lujo y exclusivo. El escritor Mark Twain lo definió como «un espectáculo eternamente fascinante».

El tren hizo una breve parada en un andén para abastecer los depósitos de agua. Vendedores ambulantes cargados con cestos de frutas y botellas de agua se abrían paso entre montones de personas agolpadas para presenciar tan de cerca aquel tren para pasajeros exclusivos.

El saudí, vestido con americana y pantalón caqui como si hubiera salido de un anuncio de ropa, despatarrado sobre un diván forrado de brocado, se imaginaba cómo sería la llegada de los maharajás de antaño cuando llegaban a los andenes y eran rociados con oro en polvo para la ocasión.

En seguida el chirriar de las ruedas de acero se fue convirtiendo en un latido suave a medida que iba cogiendo de nuevo velocidad.

Un hombre entró en el vagón, y no era ningún escrupuloso adiestrado camarero impolutamente vestido con uniforme ofreciendo un refrigerio. Llevaba pantalón vaquero y una camisa a cuadros de manga corta. Se llamaba Abdul Quadir.

—Se nos escapó de las manos —anunció con voz queda.

—Eso te pasa por delegar en incompetentes —matizó Jalid—. Conviene adelantar nuestros planes.

Jalid Al-Hijaz le había pagado una sustanciosa cantidad de dinero para organizar una célula terrorista en la India.

—Aun así, David Ribas ignora nuestro objetivo.

—No lo desestimes. Conviene que lo distraigamos.

—¿Qué sugieres?

Jalid miró por la ventana. Saris colgaban a modo de espantapájaros en un campo de mijo,

luego aparecieron unas figuras femeninas caminando en fila con cántaros de bronce sobre sus cabezas.

—Secuestra a otro empleado de la embajada española —dijo al fin—. Servirá como cebo. David Ribas viajará a Nueva Delhi. Eso nos dejará el camino despejado para cumplir con nuestro objetivo en Agra.

El hombre sacó su móvil y leyó un informe elaborado por sus hombres.

—La persona que ha sustituido a la consulesa me parece el más descuidado en cuanto a seguridad —dijo mostrándole la foto de perfil de Juan Martín—. Nunca ha debido pensar que él pueda ser una víctima.

—De hecho, no pueden pensar que volvamos a reincidir con un nuevo secuestro. Ahora están en fase de proteger el edificio y a sus empleados dentro, pero no fuera.

Después de leer el informe completo sobre el itinerario diario de Juan Martín, añadió:

—Sí, este es nuestro hombre. Por sus movimientos en la ciudad, gimnasio, paseos por Nehru Park, tratamiento de calvicie, clases de yoga... Un tipo muy ingenuo.

Jalid adoptó una expresión seria. Le señaló con el índice.

—Tus hombres deben localizar a Ashwin Trivedi. Eliminarlo cuanto antes. Él sabe acerca de nuestros planes.

—¿Quieres decir que igual David Ribas...? —preguntó con rostro ceniciento.

—Quiero decir que no me gustan las coincidencias —le interrumpió—. David Ribas tiende a aparecer en los lugares menos inoportunos, y como nos ha demostrado, tiene capacidades suficientes para sobrevivir contra todo pronóstico. Ashwin sabe mucho, David Ribas anda suelto como un perro de presa olisqueando aquí y allá y a mí no me gustan las coincidencias. ¿Ha quedado claro?

—Sí.

—Quiero que se realice con todo cuidado.

—Por supuesto.

—No siempre lo habéis hecho así.

—Lo de David Ribas ha sido un error de cálculo.

—¿Ves? Y ese error nos lleva a que debemos crear una situación disuasoria secuestrando a otra persona, y eso es cometer riesgos innecesarios.

—Pero...

Jalid levantó la mano al aire, interrumpiéndole.

—Los riesgos surgen indudablemente cuando se ejecuta un plan, *pero* los errores aparecen por la mala planificación.

—No volverá a suceder.

—Eso es lo que quería oír.

Abdul Quadir sacó su teléfono móvil y comenzó a dar órdenes.

El tren continuó y en el exterior se veía a un grupo numeroso de hombres con turbantes sobre carros tirados por bueyes con los cuernos pintados de rojo y amarillo.

La ciudad de Varanasi era un hervidero. ¿Qué ciudad india no lo era? Alborotada, llena de gente, perros callejeros, tráfico a doquier, ruido acústico, polución. La India es una especie de caos controlado, porque hay un orden dentro del caos. Solo los más experimentados como David Ribas sabían cómo desenvolverse.

Sentado a una mesa de un puesto de comida en plena calle, sorbía su espesa taza de té *masala* con leche de camella. Este era un tipo de leche que al español le gustaba más mezclada con el té. De hecho, la tomaba las veces que podía porque sabía de sus importantes ventajas. No solo era recomendada para personas intolerantes a la leche de vaca y sus grandes beneficios en reducir inflamaciones, sino sobre todo porque ayudaba a mejorar el sistema de defensa del cuerpo previniendo ictus y ataques al corazón. Estando en el interior de la India, próximo a zonas agrícolas y de ganado, era una gran oportunidad.

Lo que hacía especial a David Ribas era su trabajo de campo. No permanecía sentado de ocho de la mañana a cinco de la tarde, u otro turno bajo una estricta jornada laboral observando en las pantallas planas las imágenes que mostraban los satélites. Para él no hacía falta ordenadores, drones o satélites. Él hacía su trabajo, controlando el cotarro personalmente en la calle, no sentado en un escritorio de una oficina gubernamental en Occidente.

Un grupo de jóvenes escolares pasaron por la acera con auriculares puestos e iban entretenidos tecleando las pantallas táctiles de sus móviles de última generación.

En la televisión colgada en la pared dieron la noticia en hindi de la llegada aquella mañana al aeropuerto Internacional Indira Gandhi del primer ministro canadiense junto con su esposa para una visita de cinco días que incluiría la visita al Taj Mahal, en Agra. David prestó atención.

El presentador del noticiario indicaba que la cooperación entre ambos países iba a ser más estrecha tras el periodo de crisis sanitaria producido por la pandemia del coronavirus. Sobre todo, en el sector farmacéutico y sanitario.

Apartó la vista del televisor a tiempo de identificar a Ashwin Trivedi. El indio iba caminando por la acera de enfrente a toda prisa: se mostraba nervioso, miraba hacia todos los lados.

David se levantó y lo siguió. Ashwin entró en una tienda de teléfonos móviles. Desde fuera lo vio comprando una tarjeta SIM. Cuando salió, lo abordó.

—Ashwin Trivedi —murmuró David a su espalda—. Necesito hablar contigo.

Él se giró con miedo; vio al misterioso hombre que había pronunciado su nombre, miró en derredor atemorizado, pensando que le irían a secuestrar o hacer daño. Y entonces, echó a correr. David esprintó detrás, salvándose por los pelos de ser arrollado por un autobús.

Lo alcanzó con facilidad. Para Ashwin, mucho tiempo trabajando de manera sedentaria, cogiendo y pasando llamadas en la centralita, le había hecho engordar, además de que el ejercicio físico no era lo suyo. Las únicas veces que se movía de su cubículo en la recepción de la embajada española era cuando dejaba cartas personales en el despacho de la consulesa y en la mesa de la secretaria del embajador, y cuando iba al baño.

—Analicemos esto —le dijo David, sin más preámbulos, agarrándole la camiseta a la altura del cuello—. ¿Qué motivo indujo a los terroristas para ir contra los empleados de la embajada y secuestrar al embajador?

—No sé de qué me hablas.

—Vamos, Ashwin, ¿por qué mentirme? Has huido de Nueva Delhi y andas escondido aquí en Varanasi. Yo estoy del lado de los buenos. Y ten por seguro que los malos andan detrás de ti. Así pues, cuéntamelo todo, porque soy la única persona que puede ayudarte.

Él asintió con la cabeza. David le soltó.

—Por la comisión que exigió al gobierno de Arabia Saudí al llevar a cabo el AVE de Medina a la Meca —dijo de sopetón. Entonces, observó a David con otros ojos, parecía reconocerlo—. ¿Eres tú el español que vive en la India dando caza a terroristas islámicos?

—Ashwin, sé más claro: ¿de quién me hablas? —inquirió evitando responderle—. ¿Quién pidió una comisión a los saudíes?

—El señor Santiago exigió a los saudíes una comisión a la vez que obtenía otra del gobierno español.

—¿El embajador, Santiago González? —preguntó, mostrando su incredulidad.

—No es nada nuevo que funcionarios acaben corrompidos. Dime tú qué funcionario que trabaja en un puerto de la India no acepta sobornos. Pues imagínate el nivel de corrupción en otras esferas, como en la policía o en la política. Los extranjeros, cuando leen en los periódicos noticias sobre la trata de blancas, se imaginan negras africanas o delgadas asiáticas, pero la verdad es que los negocios turbios están más cerca de lo que uno se cree. Si las Naciones Unidas poco o nada hacen con los casos de abusos sexuales de sus fuerzas de paz, imagínate lo que puede hacer un funcionario español destinado en Asia, pues hacer uso de su poder para lucrarse.

—¿Cómo sabes del contacto entre el embajador y los saudíes?

—Soy la persona que en la embajada prestan menos atención. A pesar de verme cuando entran y salen.

—Sigue.

—El caso es que el proyecto no se llevó a cabo. El señor Santiago se mostró tan pesado e hiriente con los saudíes que estos cerraron la puerta a cualquier acuerdo con los españoles.

—¿Escuchabas las conversaciones telefónicas a través de la centralita?

Ashwin se enjugó el sudor de la frente.

—Sí —confirmó mirando al suelo—. Y me metí en un lío. Me hicieron poner una cámara de vigilancia en la sala de conferencia, a modo de chantaje, de lo contrario... me matarían.

—Ya veo. Ahora los malos no querrán tenerte suelto sabiendo lo que sabes. Leí en internet que los saudíes firmaron el proyecto con los chinos, pero ¿qué tiene que ver eso?

—Pues que hubo un grupo de empresarios de Riad que se quedaron sin ganar un solo dólar por el carácter carroñero del embajador español, como ellos lo definieron.

—Entonces decidieron matarlo —añadió David.

—Y no tuvieron bastante, porque han ido matando a empleados de la embajada. Eso lo han hecho como cortina humo, para que el argumento de que eran terroristas islamistas corriese como un bulo.

—¿Quieres decir que no son terroristas?

—El mundo del poder en las embajadas en Nueva Delhi es tan sucio como el callejón más mugriento de la India.

—A ver, no me des clases de geopolítica y deja la retórica para otra ocasión. Si no son terroristas islámicos, ¿quiénes son?

—¿Conoces el Mabahith?

—Claro, el Mabahith es la agencia de policía secreta del Ministerio del Interior de Arabia

Saudí. Pero ellos actúan dentro del país, no en el exterior.

—¿Has podido pensar que pueda tratarse de una operación de falsa bandera?

Los servicios de inteligencia extranjeros solían causar conflictos internos en países extranjeros. De este modo cubrían sus operaciones bajo falsas banderas. Se solían hacer pasar por agentes de los servicios de inteligencia de otro país.

—Solo me cabe pensar que el Mabath ha actuado contra los españoles en Nueva Delhi como agravio por la pérdida de ese contrato. Pero si lo han conseguido de China, ¿por qué involucrarse en el extranjero?

—Se encuentran aquí para desestabilizar la región. Personas importantes cercanas a Mohammed bin Salmán se quedaron sin la suculenta comisión al no llevarse a cabo el proyecto del AVE. La India mantiene muy buenas estrechas relaciones con Irán. Y ante el mundo occidental los saudíes quieren presentar a este país como un lugar inestable lleno de extremistas.

—¿Y? ¿Matando al embajador y a empleados de la embajada de España no han tenido suficiente?

—Haber ido a por el embajador español y los otros empleados ha sido un almuerzo.

El príncipe heredero de Arabia Saudí, Mohammed bin Salmán, ya había sido acusado como un jugador político que estaba desestabilizando el mundo árabe a través de guerras subsidiarias en Yemen y Siria. Pero que ahora lo hiciera en Asia, concretamente en la India, era sumamente revelador.

—No creo que se estén arriesgando a actuar en suelo indio —dijo David pretendiendo incredulidad, a modo de anzuelo para hacerle seguir hablando.

—Sí lo van a hacer. Han pagado miles y miles de dólares, seguramente millones, a terroristas islámicos indios. La demanda al gobierno español de soltar a los musulmanes encarcelados en España era otra cortina de humo.

—Para hacer más creíble que el motivo es el terror islamista, ¿no?

—Exacto.

—Entonces, ahora piensan matar al primer ministro canadiense, lógicamente, aquí en Agra, durante su visita al Taj Mahal.

—Puede ser.

—Pero los medios de seguridad son tremendamente especiales. No lograrían acercarse al político ni a su séquito. Los lugares donde se pudiera apostar el francotirador más especializado y profesional están cubiertos. Infinidad de extranjeros importantes han visitado ya el Taj Mahal, incluso el presidente de Estados Unidos. —David le miró de soslayo—. Tú sabes más cosas. Si has podido espiar todas las conversaciones del embajador, seguro que has podido oír los planes de los terroristas. Dímelo.

—Lo siento, pero no puedo ayudarte.

Ambos guardaron silencio. David lo veía nervioso. Repensó la situación.

—Cuando el presidente de un gobierno extranjero visita el Taj Mahal, desalojan el lugar y lo cierran al público ese día. ¿Por qué matar a una persona cuando podrían hacerlo a cien personas y ya de paso destrozar un monumento arquitectónico que es un icono turístico de la India?

—¿Qué quieres decir?

—Que sería más lógico hacer explotar una bomba en el interior del Taj Mahal antes de la visita del mandatario canadiense. De este modo propiciaría el regreso inmediato a su país y generaría una publicidad mundial a gran escala, con gran detrimento hacia la India.

—¿Qué te hace pensar eso? —inquirió con un tono de curiosidad por el que David supo que

estaba acertando en su análisis. Sin duda, Ashwin temía por su vida, le habrían amenazado de muerte.

—El objetivo es desestabilizar la región, como has dicho. Y para ello tendrán más posibilidades si cometen un atentado dentro del Taj Mahal, creando una carnicería sin precedentes. —David le miró fijamente—. Ashwin, o me dices todo lo que sabes o me tendré que poner muy duro contigo, porque no voy a permitir que personas inocentes mueran.

Una bala perforó el depósito de un vehículo aparcado a corta distancia: combustible perfecto para una bola de fuego.

David agarró a Ashwin y lo empujó, rodando ambos por el suelo.

Inmediatamente cogió a Ashwin del brazo y se fueron corriendo del lugar. El pandemónium de los viandantes y conductores era tremendo, situación de la que el español supo sacar partido.

Se mezclaron con el tráfico. David cogió una piedra y rompió la ventana de un Maruti Gypsy. Abrió la puerta del copiloto y Ashwin entró. David hizo un puente y arrancó. Echó un vistazo al tráfico alrededor y pisó el acelerador circulando marcha atrás.

Un vehículo en marcha atrás no sería tan diestro como si se moviera hacia adelante, pero David no tenía otra opción para no quedarse atascado en el tráfico.

De un SUV dos hombres armados salieron corriendo por la acera en su dirección. David fue a doblar para adentrarse en un callejón cuando una serie de disparos dieron con un neumático trasero. Trozos de caucho de la banda de rodadura deshilachada salieron disparadas por la calle. David chocó con un vehículo aparcado, aceleró, giró el volante para realizar un giro impecable con el morro del coche apuntando en dirección contraria, y adentrándose en la calla lateral, desapareció.

Al cabo de cinco minutos, abandonaron el coche, y andando, se mezclaron entre el gentío de un mercado de frutas.

—Vamos —ordenó David—. Tenemos que salir de aquí cuanto antes.

Tenían que actuar con la máxima celeridad posible, ya que estarían pisándoles los talones.

Ashwin vio a un conductor que dejaba su Skoda Rapid en ralentí para ir a un cajero automático de un banco, le hizo una señal a David y ambos fueron directos al interior del vehículo.

David arrancó y se internaron de nuevo en el tráfico. Ya estaba siendo fluida la circulación a la salida de la ciudad cuando David se percató por el espejo retrovisor de que el SUV negro lo tenían atrás.

Sopesó sus opciones. Enfrente había tantos coches que no podría esquivarlos. Tendría que esperar a salir del puente elevadizo en el que se encontraban para poder girar y perderse a toda velocidad por las intrincadas calles.

—Tendrás que agacharte, porque en breve acribillarán el vehículo —advirtió a Ashwin.

El SUV se acercó. Bajaron las ventanillas y sacaron sus fusiles. Una ráfaga de disparos hizo que destrozase el cristal trasero del Skoda y las ventanas laterales. Una bala reventó un neumático delantero, que fue soltando caucho.

David salió del puente elevadizo, se adentró por callejuelas en dirección contraria. Se sirvió del retrovisor lateral derecho como guía. Finalmente, consiguió perderlos ocultándose tras un camión aparcado sobre la acera.

Se volvió para mirar a Ashwin, y se dio cuenta de que tenía la camisa manchada de sangre; respiraba trabajosamente.

—Aguanta —dijo.

Examinó su gravedad. Dos balas le habían perforado el estómago. No tendría posibilidades de

sobrevivir. Intentó detener la hemorragia de la mejor forma posible. ¿Cómo decirle que le quedaban pocos minutos de vida?

—Llévame a un hospital, por favor —suplicó Ashwin. Las lágrimas empezaron a anegarle los ojos y surcarle las mejillas—. No quiero morir.

—Escúchame —dijo David mirándole a la cara—. Te quedan pocos minutos de vida. Necesito que me digas quién te dijo que espieras en la embajada y dónde se encuentran los terroristas.

—Llévame a un hospital —pidió soltando un grito ahogado y luego gimiendo—. Te lo suplico.

David arrancó. Aferró el volante con fuerza. Tenían una rueda destrozada y el vehículo estaba acribillado por los impactos de balas. No tenía posibilidad alguna de salvarle la vida.

—De acuerdo, te llevaré. —Observó su condición: permanecería muy poco tiempo con vida—. Ashwin, necesito que me digas dónde puedo encontrarlos. Yo podría prevenir el atentado que pretenden cometer.

Condujo por la carretera lo más rápido posible, a pesar del neumático reventado. Quedaron atrapados en un atasco.

—Lo siento, pero no vamos a llegar a tiempo —dijo David mirando apesadumbrado a Ashwin. Entonces añadió, intentando ser convincente—: Hay gente inocente que podemos salvar si me dices lo que sabes. Por favor, confía en mí.

Tenían delante un embotellamiento. Estaban encajonados en una masa de tráfico, envueltos por el ruido de los vehículos a su alrededor. Los gritos de los conductores se unían al sonido del claxon de los coches, *autorickshaws*, autobuses, motocicletas, furgonetas y camiones.

—Es un saudí el que contactó conmigo —Exhaló un suspiro, daba la sensación de que de un momento a otro se quedaba sin aire que llevar a sus pulmones—. Se llama Jalid Al-Hijaz. —David se sobresaltó al escuchar el nombre—. Es quien ha planificado todos los asesinatos. Juró matarme si hablaba con alguien. Cuando supe de la muerte de los españoles, me arrepentí. Pensé que solo era espiar, poner cámaras escondidas... Hui de Nueva Delhi, pensaba viajar al extranjero y vivir una nueva vida. Jalid Al-Hijaz me prometió mucho dinero si volvía a trabajar como recepcionista en la embajada y así seguir espionando a los españoles durante más tiempo. Tiene a más gente como yo en otras embajadas. Pero yo no quería, y permanecí escondido hasta que tú me encontraste. No sé en qué lugar se encuentran, ya que se van moviendo de un escondite a otro. Pero tenías razón, no van a matar al primer ministro canadiense. Es mañana por la mañana cuando un suicida detonará un chaleco explosivo dentro del Taj Mahal.

Miró a David con una expresión de miedo. Entonces, exhaló un hondo suspiro quebrado.

Tras dejar pasar a un *autorickshaw*, David giró el volante, parando en el andén, apagó el motor y se quedó mirando el cuerpo sin vida de Ashwin.

Había muerto a una edad temprana. Habría podido tener un futuro en la embajada. El puesto de recepcionista le habría asegurado una buena pensión, además de un trabajo seguro, cómodo y entretenido. Pero la codicia y la falta de lealtad le habían hecho aceptar espiar para el saudí Jalid Al-Hijaz sin pensar en las trágicas consecuencias.

En el fondo, había sido buena persona, pero David no sentía apego por nadie. El español se había convertido en un instrumento de matar. Ashwin estaba muerto y él debía seguir persiguiendo a su objetivo, olvidándose de las muertes que quedaban atrás.

Necesitaba una pistola profesional, debidamente manipulada, sin número de serie. Hassena le indicaría el lugar donde obtenerla. Lo único que debía hacer era llamarla.

Registró los bolsillos de Ashwin y sacó su teléfono móvil, el último modelo de iPhone.

Abandonó el vehículo en el borde de la acera y se marchó del lugar.

## 28

Juan Martín se miró frente al espejo de la entrada de su apartamento. Empezaba a echar barriga. El gusto a la comida india, especialmente al cordero y al pollo *tandoor*, le estaba produciendo estragos. Se alisó el cabello. Lucía una calvicie incipiente. Por este motivo se dejaba largo los pelos de la parte izquierda y la extendía y alisaba sobre la parte de arriba hacia la derecha. Había seguido un programa con productos ayurvedas y estaba viendo resultados, o eso creía ver él.

Salió, cerró la puerta con llave y bajó las escaleras con paso brioso. En la segunda planta sintió que alguien le agarraba rápidamente del brazo y le colocaba una pistola en el costado.

—Será mejor que no te resistas o tendré que meterte un tiro —dijo el desconocido.

Juan no opuso resistencia alguna, se dejó llevar.

Ambos bajaron las escaleras y entraron en un vehículo aparcado frente a la entrada. Arrancó con velocidad y desapareció del lugar.

El chófer indio de la embajada lo vio todo. Había estado situado a la sombra de un árbol, a poca distancia de la entrada. No tenía duda, se había producido un secuestro. Así lo informó de inmediato por su teléfono móvil al jefe de seguridad de la embajada de España.

## 29

A diferencia de David, Laura García era un procesador, una mente pensante. Siempre buscaba la preparación. Conforme había pasado el tiempo trabajando como subdirectora del Cervantes ya no dejaba espacio para improvisar, como hacía antes, al contrario que David, que podía tomar decisiones por instinto en cualquier momento. Ella pensaba que el fracaso o el éxito dependían de una buena preparación.

Desde Madrid, ¿cómo contactar con David Ribas en la India? El número que le había dado ya no estaba activo. Conocía la paranoica obsesión de mantener oculta su localización. Por este motivo no tenía siempre el mismo teléfono móvil y el mismo número de contacto. Sabía que estaba en el norte de la India, y no en Bombay.

Cuando David Ribas llamó a Hassena desde el móvil de Ashwin, le informó de que Laura García quería hablar con él.

—De máxima urgencia, me ha dicho.

—Ya.

En el pasado, Laura García había viajado a Bombay para matar a David. Este hecho le había conmocionado y le había hecho desaparecer toda fe que pudiera tener sobre el Cervantes y la persona que dirigía la organización, Julián Fernández. Había aceptado la misión de ir a por los culpables de los recientes asesinatos, pero se daba cuenta de que todo estaba tomando un cariz distinto.

—Siempre me ha parecido una mujer dura, de armas tomar. Sé precavido —le advirtió Hassena.

—Lo seré. Por cierto, otra vez aparece en la palestra el saudí Jalid Al-Hijaz.

—¿Estás seguro?

Jalid Al-Hijaz había intentado atentar contra Hassena en el pasado. Un terrorista se infiltró en su vivienda y a punto estuvo de matarla si no hubiera sido por la rápida intervención del español.

—Me lo confirmó Ashwin Trivedi. Por lo visto, maneja el Mabahith y se dedica a financiar la ideología wahabí por el mundo.

—Cuando acabe todo esto tendremos que dar caza a ese perro.

—No lo dudes. Ya figura en mi lista de prioridades.

—Te mandaré por mensaje la dirección en la que podrás obtener un arma. Pregunta por el doctor Warsi. Creo que ya os conocéis.

—Sí, lo conozco.

—Por cierto, después de hablar con Laura, una vez más...

—*Deshazte del móvil* —le interrumpió David—. Lo haré.

Tras colgar la llamada, miró la dirección que le había enviado. Buscó en Google Maps la ubicación. Era una tienda de productos de artesanía.

Levantó el brazo, llamando la atención de un *autorickshaw*.

Al cabo de veinte minutos pagó al conductor y se apeó frente a la tienda.

Entró y cerró la puerta tras él. Parecía que la tienda estuviera desatendida, apenas había luz y no se oía nada.

Un hombre pequeño hizo su aparición tras el mostrador. Tenía el pelo teñido de negro como el

tizón, y la cara salpicada de viruela; su tosco rostro destilaba determinación y aspereza.

—¿Qué tal estás, David?

—Bien —contestó aproximándose—. ¿Y tú? ¿Cómo va el negocio, doctor Warsi?

—En lo personal, hago yoga al amanecer, y el negocio... —hizo un gesto al aire con la mano abierta moviéndola de un lado a otro— no va mal. Pero últimamente los turistas compran menos en las tiendas. ¡Si hoy en día lo encuentran todo en internet!

—¿Qué tienes en el catálogo?

—Pasa, te lo enseño —le dio la espalda y mientras caminada hacia el interior añadió—: Como sabes, en mis otras tiendas el catálogo es muy amplio, pero en esta es más bien reducido. —Se dio la vuelta y sonrió—: Pero no menos imponente.

David le siguió a la trastienda. El doctor Warsi levantó una trampa y descendió por unas escaleras, seguido por el español.

El interior era una armería. Había incluso granadas. Todo tipo de pistolas, fusiles y escopetas estaban apilados en orden.

—Te recomiendo esta pistola. Un arma fantasma. Una estupenda Glock 17, 9mm Parabellum. Está esterilizada y, además, no ha sido usada nunca.

David la sostuvo y la inspeccionó.

—Ligera. Y parece eficiente. Me la llevo con silenciador y dos cargadores.

—Hecho —dijo sonriendo, enseñando los dientes sucios por el tabaco de mascar.

## 30

David marcó el número de teléfono directo de Laura García.

Esperó a cielo abierto, de este modo el satélite recogería la llamada antes. Aun así, tuvo que esperar.

En el Cervantes ella vio en la pantalla gigante que dominaba la sala de operaciones que el número de la llamada estaba a nombre de Ashwin Trivedi. Al lado aparecía su foto de perfil, su descripción física y una breve biografía.

—Entiendo que llamas desde el móvil de Ashwin Trivedi porque está muerto —dijo contestando a la llamada.

Se produjo una pausa de unos segundos, ya que la conversación rebotaba en el espacio virtual.

—Así es. Dos tiros en el estómago.

Varun Grover señaló a Laura en la pantalla la localización de David Ribas en la India.

—¿Qué haces en Varanasi?

—Dando caza a los malos.

—Tengo noticias que te harán cambiar de rumbo.

—Eso es una novedad. Dime.

—Han secuestrado a Juan Martín. Tenemos un localizador escondido en el talón de su zapato. Una medida de prevención que mantuvimos con todos los empleados de la embajada. Ahora mismo Varun te está mandando la dirección del lugar donde lo tienen cautivo, parece un edificio a las afueras de la ciudad, posiblemente una zona industrial.

Durante la estancia en Nueva Delhi el grupo de Laura había accedido a la vivienda de cada empleado de la embajada y había insertado dispositivos de seguimientos en maletines de trabajo, ordenadores portátiles e incluso en artículos de vestir.

—Perdona, pero ¿quién es Juan Martín?

—Hasta ahora era el agregado cultural, tras la marcha de la consulesa, él ha ocupado su puesto de manera temporal. Quiero que vayas a Delhi y...

—Un momento, Laura —le interrumpió—. No voy a Delhi. Estoy detrás del grupo terrorista culpable de los asesinatos y sé que tienen planeado un atentado en Agra.

—¿En Agra? David, ¿qué se les ha podido perder en Agra a unos terroristas que han acabado con la vida de un embajador extranjero y de varios empleados de la embajada?

—Está previsto un atentado en el Taj Mahal.

—¿Cómo?

—Así es. Me lo confirmó Ashwin Trivedi.

—David, ¿sabes qué estás diciendo? El Taj Mahal es un monumento musulmán. Además, no puedes creer lo que te haya dicho una persona que trabajaba para ellos. No tiene sentido lo que estás diciendo —hizo una mueca hacia Varun Grover, reflejando su incredulidad.

—Laura, no es la primera vez que los propios terroristas islamistas atacan contra personas de su misma religión, pero de distinta ideología. Estamos en un atentado de falsa bandera. Los saudíes se han propuesto desestabilizar la región.

—¿Qué estás diciendo? David, escúchame, esta actitud puede ir en tu contra.

—¿Cómo?

—Te niegas a ayudar a un español en peligro, a un empleado de la embajada española.

—¿Quieres ponerme en un dilema moral? El atentado que quieren llevar a cabo puede ser una tragedia descomunal, por no mencionar a los amputados que dejará de por vida.

—¿Ves? Utilizas un condicional. Un «puede». No sabes si ocurrirá. A mí me importan más bien poco lo que ocurra con un centenar de indios, me importa Juan Martín, un ciudadano español.

—Ni siquiera sabes quién les ha ofrecido financiación, formación, recursos y, más que otra cosa, respaldo oficial. Yo estoy más cerca de salvar a muchísimas personas, incluidos niños, que del español que mencionas.

—¿Quién es el cabecilla? ¿Qué te hizo saber Ashwin?

—Laura, no tengo tiempo.

—No compartes información que puede ayudar a la prevención de futuros ataques contra los intereses de España. Pero es que además crees las palabras que te ha dicho una persona que ha espionado en la embajada.

—No me vengas con esas, Laura.

—Podría meterte en la cárcel —encontró lentamente.

David miró alrededor, se encontraba rodeado de cientos de personas en un frenético mercado anexo a la estación de tren de Varanasi. Un lugar donde competía en intensidad los colores de las especias y las flores, de tonos amarillos y anaranjados, que vendedores locales exponían al público. Se ofrecían deliciosos jugos de frutas y verduras de todo tipo. Perros callejeros olfateaban aquí y allá. El graznido de los cuervos y el ruido del gentío lo envolvían todo.

—Te espero, considérate mi invitada —aseveró con tono más tranquilo.

—David, libera a Juan Martín y haré que el Cervantes llegue a un acuerdo contigo.

—Durante estos años me ha ido bien sin vosotros, ¿qué iba a cambiar?

—Espera un momento —respondió Laura—. El Cervantes dispone de los recursos suficientes para hacer prácticamente cualquier cosa en prácticamente cualquier parte del mundo. Si no vas a Delhi ahora mismo, nos harás mucho daño y puede que la organización tome una decisión contra tus intereses.

David Ribas colgó la llamada. Miró a los alrededores, suspiró, analizó los pros y contras. Era media tarde. Si cogía inmediatamente un coche y conducía hasta Delhi, podría liberar al español y volver de inmediato a Agra antes de que el complejo del Taj Mahal abriera sus puertas al público.

Pero desde donde se encontraba, en Varanasi, eran más de ochocientos kilómetros por carretera. Unas trece horas de conducción hasta Delhi, donde llegaría de madrugada. Podría hacer el recorrido en ocho horas, con un menor número de paradas y manteniendo una velocidad alta.

Luego, a su regreso de Delhi a Agra, tendría que coger la autopista Yamuna ExpressWay. Serían, aproximadamente, unos doscientos treinta kilómetros hasta llegar al Taj Mahal, que podría recorrer en dos horas. Llegaría antes de que abrieran a primera hora de la mañana. Entonces se quedaría vigilante en la entrada para identificar al terrorista.

Sí, le daría tiempo.

Tomada la decisión, comenzó a caminar, observando todos los vehículos. Necesitaba un coche potente. La mejor manera de conseguirlo era en un *parking* de un centro comercial, donde la gente de clase media y adinerada pasaba el tiempo con la familia, comiendo en algún puesto de comida rápida de alguna cadena conocida, en el cine o de compras.

Llegó en *autorickshaw* al JHV Mall, fuera del caos y conmoción del centro de la ciudad. Caminó deprisa observándolo todo. Lo vio.

Una familia se apeaba de un Toyota Land Cruiser, aparcado en el *parking* cercano al

McDonald's. Tendría tiempo suficiente para salir de Varanasi y adentrarse en la autopista a Delhi antes de que dieran la alarma a la policía del robo del vehículo.

Se acercó a la familia, y fingió que tropezaba, cayendo encima del padre de familia, que le sujetó del codo para evitar caer al suelo.

—Discúlpeme, debe de ser por el calor —se atrevió a decir David, fingiendo un acento americano, dando a entender que era un turista extranjero y que su acción no revestía maldad.

—No se preocupe, señor —dijo el hombre sonriendo, manteniendo una actitud servil—. No deje de estar hidratado, este calor es muy fuerte.

Cuando los vio adentrarse en el McDonald's, David, con las llaves del coche en la mano, caminó con el paso acelerado hacia el SUV, arrancó y salió hacia Delhi a toda velocidad.

Cuando entró en la autopista, abrió el móvil, leyó la dirección. Juan Martín no estaba cautivo en Delhi, sino a las afueras, en un pueblo llamado Khekra. Tecléo en Google Maps y memorizó la ubicación que Laura García le había enviado. Era una fábrica textil abandonada justo al lado del colegio público de la localidad. Bajó la ventanilla y tiró el iPhone de Ashwin.

A miles de kilómetros de distancia, en el centro de operaciones del Cervantes en Madrid, Varun Grover, que había estado siguiendo los movimientos de David Ribas, llamó la atención a Laura, que trabajaba en un portátil.

—Se va al norte, nada menos que con un todoterreno, un Toyota Land Cruiser Prado VLX.

—¿Cómo dices? —preguntó sorprendida, levantándose de un salto y aproximándose.

Varun puso en la pantalla gigante un mapa vía satélite de la autopista, donde David Ribas había tirado el teléfono móvil.

—Se ha desprendido del móvil de Ashwin en esta carretera que conduce a Delhi.

—Entonces va a por Juan Martín. Lo que quiere decir que también pensará ir al Taj Mahal para prevenir el atentado. Está loco.

—Así es. Cogará un desvío antes de entrar en el estado de Delhi e irá al pueblo de Khekra por esta carretera —añadió señalando la dirección en la pantalla.

La conducción por la autopista en dirección a Delhi era absolutamente monótona. Había recorrido más de trescientos kilómetros sin descanso. No se había dado cuenta de que los episodios sucedidos recientemente y el poco descanso al que había sometido su cuerpo le podrían pasar factura.

Así fue, el sueño apareció con abrumadoras consecuencias, le estaba haciendo perder la concentración.

Paró en un área de descanso. El *parking* estaba lleno de vehículos. Fue al servicio, se lavó la cara y se mojó el pelo. Fue al interior del local, atestado de familias indias, y pidió un café fuerte, aun sabiendo que lo que le servirían sería achicoria.

Una vez sobrepuesto, reanudó la conducción y se recordó a sí mismo cuál era la situación, qué se podría encontrar y lo que estaba en juego.

Ya era de noche cuando llegó a Khekra.

Lo primero que necesitaba era obtener información, y qué mejor que escucharla mientras se tomaba un café *masala*.

En la India abundan los negocios ambulantes de planchadores, que tienen sus puestos en las esquinas y utilizan planchas con carbón, y el de los vendedores de té y comida callejera. Los primeros conocen cuántos miembros de una familia viven en tal o cual planta de un edificio por la ropa que planchan y llevan a domicilio. Pero los segundos están a pie del negocio las veinticuatro horas del día, ya que sirven té y comida a conductores de taxis y trabajadores de turnos de noche.

Ocupó una silla, y mientras degustaba el té y reponía fuerzas comiendo un plato de *parathas*, escuchaba al vendedor local, que con ganas de hablar le explicaba los problemas de los habitantes de aquella población.

Varias empresas exportadoras de textil, para evitar los altos impuestos de las zonas industriales de Nueva Delhi, habían instalado sus unidades de producción en aquella zona de las afueras.

Las consecuencias habían sido buenas para el empleo, ya que daban trabajo a muchas mujeres manejando todo el día máquinas de coser Juki y a hombres en los telares. Pero el problema, como le explicaba el vendedor local, era que estaban destrozando la calidad de vida.

—¿Cómo es eso? —preguntó David, aunque ya se podía imaginar la respuesta. Siempre que la industria se instalaba en un pueblo, acababa destrozando el ecosistema de una manera criminal.

El hombre le explicó que con el teñido de los hilos se empleaban productos químicos y estos los tiraban a los ríos. Si antes se podía utilizar el agua, ahora ya no. «Ni para lavar la ropa», comentó. Además, se estaba produciendo un número de casos de personas con cáncer que antes no había. Esto era debido a las numerosas torres eléctricas y a la exposición y contacto de la gente con esos productos químicos, gases irritantes, pinturas y plásticos, fertilizantes y fibras textiles.

David le preguntó por la fábrica abandonada cerca del colegio público. Y el hombre le contestó de manera confidencial que en aquel lugar nadie se atrevía a entrar porque habían visto coches entrar y salir, lo que indicaba que el terreno pertenecía a personas poderosas. Y con este tipo de personas uno no se metía, ya que tenían a la policía en el bolsillo, según le dijo.

David supo que por mucho ruido que hiciera en el interior, los locales no llamarían a la policía

por miedo a verse implicados e incluso la policía de la comisaría cercana, para evitarse problemas, ni se acercaría, a menos que quienes les pagaban sobornos se lo pidieran.

Subió de nuevo en el coche, y tras recorrer varios metros, aparcó frente al edificio.

Desde el punto en el que se encontraba podía observar perfectamente el lugar. Era un imponente edificio de tres plantas. Sobre los tejados había antenas de televisión, un intrincado cableado eléctrico y grandes depósitos de agua. Alrededor no había más que campo vacío, una tierra sin cultivar llena de desperdicios.

Ajustó el silenciador a la pistola y salió.

Saltó la valla. Unos ladridos lejanos le pusieron en alerta. Por un momento pensó que podía ser atacado por perros. Pero no, los indios generalmente se sienten aterrados por ellos y descartó que aquellos terroristas tuvieran perros vigilando el perímetro.

Prestó atención a todos los ángulos del edificio en busca de cámaras de seguridad. No había ninguna.

Con el arma sujeta con las dos manos, y el cañón en dirección al suelo, prosiguió su camino.

Escuchó un ruido a la derecha.

Un hombre salía del interior del edificio.

David permaneció quieto. Dudaba que fueran tan modernos como para tener cámaras de visión nocturna.

El hombre se puso a orinar sobre un arbusto. Luego sacó un teléfono móvil del bolsillo y se puso a hablar. Era urdu el idioma en el que se comunicaba. Por lo que dedujo David, tenía un acento típico de Cachemira. Estaba hablando de su pistola. Mientras conversaba, la sacó de su espalda y la sostuvo con la mano. Se quejaba de que el gatillo estuviera duro y le pedía a su interlocutor una Glock como con la que había hecho prácticas en su entrenamiento.

Tras colgar, se guardó el móvil en el bolsillo, se puso la pistola a la espalda y se dirigió al edificio. David se aproximó y soltó un silbido por lo bajo. El hombre reaccionó como el español esperaba: se giró, sin más. David levantó su pistola.

Le atravesó el cráneo limpiamente. Muy probablemente ya estaría muerto antes de caer al suelo. Le sacó el móvil del bolsillo, lo silenció y se lo guardó.

Levantó el arma a la altura de los ojos y se dirigió hacia el interior.

Mientras con una mano abría la puerta, que crujió un poco al abrirse, con la otra apuntaba con el arma en todas las direcciones. Se quedó quieto a un lado de la entrada observando el almacén.

Se escuchaban risas, una música de una película popular de Bollywood y otros sonidos que provenían de una planta superior.

Fue directo hacia las escaleras.

Subió e hizo un barrido apuntando el arma a un lado y a otro en un arco de noventa grados.

El lugar olía peor que en la planta de abajo; una mezcla de podredumbre y polvo.

Unos focos se encendieron.

David se detuvo en seco.

—No te muevas o disparamos —bramó una voz.

Tres hombres se aproximaron. A pocos metros se quedaron quietos, manteniendo la distancia.

—Somos más y armados —dijo uno de ellos, dando unos pasos al frente—. Te recomiendo que tires tu pistola y te rindas.

David no se inmutó, reflexionó. Excepto el que hablaba, sin duda el líder, los otros dos iban armados con fusiles de asalto AK-47 y se mostraban nerviosos.

El que estaba a la cabeza del grupo, sin quitar la vista de David, sacó un móvil de su bolsillo y

marcó un número.

—Lo tenemos —dijo.

Al otro lado de la línea, Abdul Quadir dio un respingo y su rostro mostró júbilo, pero inmediatamente cambió su semblante.

—Mátalo ya —contestó rechinando los dientes—. No cuelgues hasta decirme que está muerto.

El líder giró la cabeza hacia atrás para darles la orden, movimiento que distrajo por unos segundos a los dos hombres armados, que desviaron la vista hacia él. El español aprovechó ese instante para saltar fuera del área del foco de luz, al tiempo que efectuaba un disparo y rodaba por el suelo. Tumbado, efectuó un segundo e inmediatamente un tercer disparo.

La poca experiencia, así como la escasa luz, había privado a los terroristas de reaccionar a tiempo.

Si en vez de en la India se hubiese encontrado en un país islamista de Oriente Medio, la capacidad de reacción por parte de los terroristas sin duda hubiera sido más rápida y mortal.

David se levantó, se aproximó a los cuerpos abatidos y disparó a la cabeza de los dos hombres armados. Se acercó al líder, que jadeaba en el suelo con un tiro en el estómago. Cogió el móvil de sus manos.

—Le informo de que sus hombres están muertos.

—Pronto lo serás tú también —le espetó Abdul Quadir.

—Te equivocas. Puedes informar a Jalid Al-Hijaz que el próximo será él. Que vigile su espalda, porque el día menos pensado ahí estará.

Colgó la llamada. Tiró el móvil al suelo. Rompió la carcasa con la culata de la pistola y sacó la tarjeta SIM, que se guardó en el bolsillo. Más adelante, los informáticos de Hassena rastrearían las llamadas con el fin de poder encontrar alguna pista e información para dar caza al saudí.

Haciendo caso omiso de los jadeos del líder, que se retorció de dolor, le registró los bolsillos. Encontró un manajo de llaves antes de que exhalase su último suspiro y se encaminó al fondo de la sala.

Como los terroristas ya de por sí carecían de higiene, y por norma estaban acostumbrados a un estilo de vida como cerdos, no era de extrañar que no trataran bien a sus rehenes.

El candado para cerrar el pestillo de la puerta metálica era un Godrej Naf Tal Premium, de lo más común en la India. No le costó tiempo identificar la llave del manajo.

Al abrir la puerta metálica le llegó al rostro un tufo maloliente, a orín, heces y vómito solo comparable al pestilente olor de los urinarios públicos. Una rata salió corriendo entre sus piernas, perdiéndose por el interior del edificio.

David entró y se detuvo junto a la figura acurrucada en una esquina de la decrepita pared con la pintura blanca desportillada.

—Levántate, Juan. Vámonos —le dijo David en español. Juan no se mostró sorprendido al oírle hablar en su idioma, ya que sus captores le habían mostrado sus conocimientos de palabras sueltas en español, además de que uno de ellos había presumido haber estudiado español en una academia privada en Nueva Delhi.

—¿A dónde?

—A un lugar mejor. —Y haciendo un gesto con la mano, abarcando la habitación, añadió—: Si encuentras el alojamiento confortable, te puedes quedar.

Entonces Juan notó que el aspecto de aquel extraño era distinto al de sus secuestradores.

—¿Eres español? ¿Quién eres?

—Una larga historia. Vámonos.

—Sácame de aquí, por favor —dijo con una sonrisa exangüe.

Al salir a la luz, Juan mostró un rostro pálido, enfermizo. Tenía el labio hinchado.

David le ayudó a caminar pasando un brazo por sus hombros.

—¿Estás herido?

—No. Tan solo asustado y tengo fuertes dolores de cabeza.

—Ahora lo importante es que mantengas la cabeza despejada. Respira despacio, de forma pausada.

Caminaron a trancas y barrancas por la nave industrial. Cuando iban a bajar por las escaleras metálicas, antes de que David pudiera hacer el menor movimiento, una figura surgió de la oscuridad del edificio. Era tan gordo que de la base del cuello le sobresalían rollos de grasa.

—¡Quieto! Las manos. ¡Las manos arriba!

—Tu jefe está muerto y tu compañero también —dijo David—. ¿Por qué no coges las armas y te marchas? Podrías obtener mucho dinero por esos fusiles.

El hombre tragó saliva y apretó los labios. Respiraba con dificultad y tenía la cara brillante de sudor. Lanzó una mirada ansiosa.

—¿Te crees que es así de fácil? Tira tu pistola.

David mantenía de pie a Juan, parecía un muñeco de trapo, de un momento a otro se derrumbaría. Necesitaba darle conversación a aquel hombre con la intención de que se aproximase.

—De acuerdo, nos rendimos —dijo David alzando los dos brazos, lo que produjo que Juan se cayese de golpe al suelo. Dejó caer su pistola a sus pies.

El hombre se acercó aún más, con los ojos abiertos más pronunciados, y el fusil AK-47 levantado. Estaba tan cerca que David pudo oírle respirar. Entonces, en un rápido movimiento, David apartó con la mano izquierda el fusil y con la derecha le golpeó con el talón de la mano la nariz, tan fuerte que le rompió los tejidos esponjosos del hueso etmoides: el hombre soltó el arma y cayó hacia atrás derrumbado. David se apresuró a coger su pistola, y antes de que pudiese reaccionar, le metió una bala en la clavícula, produciendo un chasquido al astillarse. Luego le volvió disparar en la frente.

Juan se estremeció al ver la cabeza abierta del terrorista, se dobló en el suelo sujetándose el costado y tras una fuerte arcada, vomitó bilis.

—Venga. Tenemos que marcharnos de aquí cuanto antes —dijo David poniéndole en pie. El rostro de Juan Martín se había vuelto de un tono grisáceo—. Intenta tranquilizarte. Inclina la cabeza hacia atrás e inspira hondo varias veces.

Una vez dentro del coche, David arrancó el Land Cruiser y enfiló hacia Nueva Delhi.

En Madrid, en la sala de operaciones del Cervantes vieron que el dispositivo de seguimiento adherido al calzado de Juan Martín estaba en movimiento.

—Liberado —anunció Varun Grover, levantándose de su asiento y mirando la pantalla que cubría la pared central—. Lo lleva al centro de la ciudad.

—Es decir, a la embajada —dijo Laura.

—Sí, lo más probable.

—Bravo por David.

—¿Llevas contigo algún tipo de identificación? —preguntó David.

Juan permanecía con el respaldo inclinado. Negó con la cabeza.

—Me quitaron la cartera. ¿Por qué?

—A la entrada hay controles de la policía. Suele haber a estas horas de la madrugada. Me preguntaba si tendrías tu tarjeta de identificación diplomática.

—No —murmuró Juan—. Por cierto, ¿quién eres? Eres David Ribas, ¿verdad?

David sonrió y le miró unos segundos, apartando su atención de la carretera. Aquella mirada decía la verdad.

—Creo que conozco una ruta hacia el centro, evitando los controles —dijo David, volviendo su atención a la carretera—. Probaremos entrar a Nueva Delhi por ahí.

—¿A dónde me llevas?

—Te dejaré en la embajada. Además, necesito que me hagas un favor.

—Sí, claro. Lo que esté en mi mano.

—Necesito un coche potente y que tenga el depósito lleno. Además, con la matrícula azul diplomática no me pararán ni por exceso de velocidad.

—¿Qué le pasa a este?

—Es robado y no tardarán en darme el alto.

—Ya. ¿Y a dónde piensas ir?

—A otro estado, a evitar un atentado.

—Bueno... hay un Honda Civic, un Mercedes, está el BMW del embajador...

—Me quedo con el del embajador —dijo David de inmediato. Sacó el móvil del primer terrorista que había matado y se lo tendió—. Llama a quien tengas que hacerlo y que lo tengan listo para cuando lleguemos en media hora. También necesito un teléfono móvil.

Tras llamar al teléfono móvil de emergencia de la embajada y dar noticias sobre su liberación, Juan Martín explicó lo que necesitaba de carácter urgente.

Cuando le devolvió el móvil a David, este bajó la ventanilla y lo tiró al exterior.

Jalid Al-Hijaz se encontraba en una habitación majestuosa, de un lujo impecable. Era un despacho habilitado para su uso personal dentro de la embajada de Arabia Saudí en Nueva Delhi.

Había estado trabajando toda la noche y se encontraba disfrutando de un ligero refrigerio. Sobre la mesa, puesta con servilletas de lino y fino mantel, había comida gourmet. Tenía previsto volar a Riad antes de amanecer en un *jet* privado.

Abdul Quadir entró sin previo aviso.

—David Ribas ha matado a nuestros hombres.

—¿Qué quieres decir? —preguntó impávido.

—Quiero decir que ha liberado al español.

—¿Cómo? —dejó su taza de té y adoptó una expresión seria.

—Fue un ataque por sorpresa.

—¿Qué ataque para liberar a un secuestrado no va a ser realizado por sorpresa? —dijo Jalid moviendo la cabeza de un lado a otro—. Tienes a unos hombres que son una pandilla de inútiles.

—No debí confiar en ellos.

—Me has vuelto a fallar —se reclinó y se secó los labios lentamente con una servilleta—. Se escapó David Ribas cuando lo teníamos en nuestras manos, no eliminaste a Ashwin Trivedi antes de que hablara de nuestros planes con él, y ahora esto.

Abdul caviló al respecto.

—Lo siento —dijo inclinándose hacia adelante.

Permanecieron en silencio durante un buen rato. Finalmente, Jalid habló:

—Esperemos que esta mañana, cuando abran las puertas del Taj Mahal a los turistas, nuestro hombre cumpla su misión.

—Sabes también como yo que hay muchas probabilidades de que David Ribas lo localice antes de hacerse estallar.

—No tenemos opción. En un futuro nos ocuparemos de ese maldito español.

—¿Y mientras tanto?

—Tú permanecerás oculto hasta nueva orden.

—¿Y usted?

—Salir de este lodazal que es la India en pocas horas.

Cuando se habían reunido en Jaipur, David le había explicado a Laura García que él no hacía de detective como si fuera protagonista de una novela negra policíaca, examinando minuciosamente pistas, interrogando, analizando. No.

David Ribas se había ganado fama de perseguir a terroristas con una mezcla explosiva de implacabilidad y pasión. Su especialidad era matar a alguien y luego concentrarse en el siguiente objetivo. Ese papel era el que iba a desempeñar aquella mañana.

Conducía a la máxima velocidad que podía permitirse. Sentía las piernas entumecidas. Abrió la botella de agua y se echó un chorro por la nuca, dejando correr el líquido por su ropa y por la tapicería del moderno BMW serie 5 con matrícula azul diplomática.

Si paraba a descansar estaba convencido de que su cuerpo se bloquearía por la falta de sueño acumulado y quizá no llegara a tiempo. Por lo tanto, no le quedaba otra opción que seguir avanzando. A ratos ponía la radio en volumen alto, otras veces bajaba la ventanilla para que el aire le golpeará el rostro. No podía permitirse quedarse dormido.

Tras cruzar Fatehpur Sikri, la región histórica de los musulmanes de la dinastía mogul, enfiló al alboroto propio de la ciudad de Agra. Todo era un lío de embotellamientos y circunvalaciones.

Siguiendo las indicaciones, tomó los desvíos y llegó al *parking* de visitantes del Taj Mahal. Estaba lleno de autocares, minibuses, taxis, coches privados y furgonetas turísticas.

Antes de salir del vehículo sacó la Glock 17, 9mm Parabellum, y comenzó a desmontarla. Metió las piezas en distintos lugares. Una en el bolsillo, otra en una bolsa de plástico y otra dentro de una mochila.

Para acceder a la entrada había que subirse en coches eléctricos. Según las normativas oficiales, ningún otro vehículo estaba permitido acercarse a las inmediaciones del edificio que daba entrada al monumento.

David hizo cola junto con un grupo numerosos de turistas japoneses. Tras varios minutos de espera, se subió al coche eléctrico y llegó a las inmediaciones.

Varios artesanos pulían piedras sobre una rueda de esmerilar accionada a mano. Dos mujeres norteamericanas tomaban fotos con sus móviles. Vendedores ambulantes atosigaban a los turistas extranjeros ofreciéndoles cajitas de madera con un finísimo trabajo de incrustación; pequeñas reproducciones en mármol del Taj Mahal, tableros de ajedrez del tamaño de la palma de una mano y otras baratijas como mapas de la India, además de enarbolar a la altura del rostro de los turistas botellas de agua Bisleri, postales, bisutería e infinidad de otros productos.

Un grupo de fotógrafos indios, con cámaras potentes de marcas Nikon y Canon, se ofrecían a cubrir fotográficamente la estancia de los turistas. Los japoneses les sonrieron mostrando sus propias cámaras y David Ribas los evitó.

El mausoleo, un soberbio conjunto de mármol que el *sha* Jahan construyó en honor de su cuarta esposa y favorita, Mumtaz, que murió en el parto de su decimocuarta hija, es considerada una de las estampas más famosas de la India. El poeta Rabindranath Tagore lo llamó «una lágrima en la mejilla del tiempo». El recinto suele recibir una media diaria de veinte mil visitantes. Una cifra que se llega a duplicar en los días de máxima afluencia.

Tras pagar su entrada, hizo fila frente a la entrada de construcción arenisca rojiza. Ya se podía

ver la inmensa cúpula del mausoleo. Sorprendentemente, a pesar de la precaución en desmontar la pistola, pasó por el magnetómetro sin que pitara.

Fue deprisa a los lavabos situados en la parte derecha del edificio de la entrada. Se encerró en una letrina apestosa, montó a toda prisa la pistola y se la guardó en la espalda con la camisa por fuera. Se la ajustó convenientemente de forma que pudiera sacarla con la mayor rapidez posible.

Volvió a la entrada, situándose en un lateral, pegado a la pared, en un ángulo muerto de la cámara de seguridad. Era la primera hora del día. Guías locales y fotógrafos no paraban de insistir en ofrecer sus servicios a cada nuevo visitante.

El terrorista entraría cuando más aglomeración de gente hubiera. Entonces, cayó en la cuenta: ¿por dónde entraría?

En el recinto del Taj Mahal había tres puertas, aunque solo dos eran de entrada; la tercera, llamada Sirhi Darwaza, era solo de salida.

Él se encontraba en la entrada oeste, llamada Fatehpuri Gate. Decidió ir rápidamente a la entrada este, la Fatehabad Gate. En esta vio que era menos frecuentada por los turistas y que, además, los magnetómetros sí funcionaban, por lo que la descartó y regresó deprisa a montar guardia en la entrada oeste.

Cuando David entraba en una zona peligrosa tenía la sensación de que todo lo que estaba en su campo visual iba más lento, lo que le ayudaba a analizar cada factor con más tranquilidad.

Se quedó de pie mientras miraba entrar a la gente. A diferencia de otros dos magnetómetros, por el que él había pasado no pitaba en ningún momento. Estaba roto. La dejadez en las medidas de seguridad era muy común y típica en la India, fuese en aeropuertos, estaciones de tren o incluso ahí, en la entrada al Taj Mahal, símbolo turístico de la India.

Pasó una hora. Luego dos y tres. ¿Cuánta gente habría ya en el interior? ¿Quinientas? ¿Seiscientas? ¿Mil? Su espalda sudaba. A pesar de intentar mantener la tranquilidad, el hecho de ver a tanta gente feliz, niños, jóvenes, adultos y mayores, y enamorados sonriendo, abrazándose, tomando selfis y fotografiándose, se le hacía un nudo en el corazón si no podía evitar una masacre.

¿Y si el terrorista ya hubiera pasado? No podía ser, a cada hombre que entraba lo escrutaba de arriba abajo. ¿Y si era una mujer? Entonces estaba perdido. Habría sido demasiado tarde, porque había supuesto desde un principio que el terrorista sería un hombre.

Este último pensamiento le hizo llamar a Hassena con la intención de que hiciese una llamada a sus contactos y desalojasen el monumento.

Marcó, pero la llamada no se produjo. Vio que tenía cobertura, pero no obtenía conexión. Solo había una explicación: habían bloqueado la señal, sin duda para que el tiempo de reacción tras la explosión se demorase y la ayuda médica tardara aún más tiempo en llegar.

El terrorista estaba cerca.

Entonces lo vio. Llevaba puesto un chaleco holgado. Caminaba con los brazos tensos, ligeramente hacia adelante, evitando el contacto físico con la gente aglomerada.

Cuando el hombre se acercó a la entrada, David supo que estaba en lo cierto: era él. El individuo era corpulento, con hombros y pecho gruesos y voluminosos de tanto hacer pesas e ingerir polvos proteínicos. Era el típico musculito de gimnasio del interior de la India, cuyo afán por emular el físico de sus idolatradas estrellas de Bollywood le había hecho deformar su cuerpo. Los islamistas radicales habían sacado provecho de aquel joven ingenuo e ignorante, prometiéndole un paraíso que no existía.

El futuro mártir pasó exactamente por el arco de detección que no funcionaba. Ya estaba planeado de antemano. Sin duda, algún empleado de seguridad estaba al tanto y había sido

sobornado.

El sudoroso terrorista pasó sin más entre un grupo de turistas y entró en el recinto. Nadie reparó en él. Sabía a dónde iba, porque no se había detenido a observar el imponente monumento de mármol que tenía enfrente. Bajó por las escaleras del lado izquierdo. Iba directo hacia el principal monumento, el mausoleo de estructura octogonal, donde estaba la mayor concentración de turistas.

David no podía dejarlo ir por más tiempo. Con el ritmo cardiaco enlentecido, echó la mano a la espalda. Cogió la pistola oculta tras su camiseta al tiempo que comenzaba a caminar deprisa tras el terrorista.

No quería matarlo por la espalda. Quería que fuera un tiro limpio, sin posibilidad alguna de que detonase el explosivo.

Exhaló un largo suspiro. Deslizó el dedo hacia el gatillo.

—Perdona, perdona —dijo David alzando la voz a su espalda—. ¿Podrías decirme qué hora es? Tú, sí, tú.

¿Cómo hubiera podido pensar alguien qué intención tenía? El dedo aún no lo tenía agarrado al interruptor. El terrorista, curioso, se dio la vuelta instintivamente.

Entonces David apretó el gatillo. El disparo a través del silenciador solo fue lo bastante sonoro para catapultar a una pareja de pavos reales que estaban mostrando sus plumajes al aire; aletearon y lanzaron sonidos estridentes como protesta por aquella perturbación.

Sin aminorar la marcha, David le disparó otra y otra vez hasta pasar de largo, irse al lateral derecho con el arma de nuevo escondida y dirigir sus pasos hacia la puerta oeste.

El terrorista quedó tendido en el suelo con la ropa manchada de tejido humano, sesos y sangre. Ya no se había convertido en un *sahib*. Ni siquiera iría al prometido paraíso ficticio con setenta y dos vírgenes, como le habían asegurado al lavarle el cerebro. Tan solo la oscuridad se le había venido encima, reclamándolo para siempre.

Conforme subía las escaleras hacia la salida, David escuchó a su espalda una serie de gritos. La gente comenzaba a apelonarse y huir de la zona. Cuando cruzaba el *parking*, varios vehículos del cuerpo antiterrorista de élite se dirigían a la entrada oeste.

Los medios de comunicación hablarían sobre el suceso. Pero la India es muy grande. Todos los días acontecen nuevas cosas.

La noticia del suceso en el Taj Mahal pronto dejaría de serlo. Había muchas otras personas que morían de forma violenta, ¿por qué centrarse en un caso aislado?

Al día siguiente, el primer ministro de Canadá visitaba el Taj Mahal vestido con ropa tradicional india. Un famoso actor de Hollywood visitaba el país con su pareja: durante días, los medios de comunicación les seguirían por el país publicando fotos y vídeos en las redes sociales y en la televisión.

Para que no cundiese el pánico y generara críticas al gobierno central, los servicios de inteligencia indios ocultaron que el asesinado tenía un chaleco explosivo. Sacaron del hospital psiquiátrico de Agra a un paciente que tenía ciertos requisitos físicos y se argumentó que era él el autor: un perturbado con serios daños psicológicos que se había hecho con una pistola robada. Y ahí acabó la cosa. La víctima, un pobre hombre que estaba de paso, un individuo anónimo. Al fin y al cabo, una muerte en la India significa muy poco. No hubo autopsia. Además, nadie reclamó el cuerpo, que fue a parar a un crematorio eléctrico.

Pero había un malo menos. David Ribas no había dejado de matar a monstruos desde su llegada a la India y, aun así, el mundo seguía girando como siempre, mientras que otro terrorista,

quizá incluso más peligroso, sustituiría al anterior.

Si los gobiernos jugaban a la política con doble moral, él no pensaba permitir que los monstruos ganaran. No se iba a quedar de brazos cruzados.

Después de esta misión vendrían otra y otra. Y la vida continuaría. David Ribas se haría viejo y entonces llegaría lo inevitable.

## **Nota del autor**

En esta novela, como en el resto de la serie protagonizada por David Ribas, he intentado priorizar la consecución de una atmósfera y la creación de unos personajes con cuerpo y alma.

Al fin y al cabo, para que mis historias sean lo más emocionantes posible, he hecho uso de los recursos propios de un novelista.

Lugares, organizaciones de inteligencia, personajes o tramas, son licencias artísticas, ficción, fruto de la imaginación.

Confío en que los lectores disfruten de la lectura tanto como yo lo he hecho escribiendo.

Espero poder seguir ofreciendo más novelas interesantes en adelante.

Gracias, querido lector, por compartir conmigo este vínculo, tan especial.

Gracias por hacer posible una nueva andadura de David Ribas.

Si disfrutaste de CÓDIGO CRIMINAL, cualquiera de estas opciones son perfectas para continuar con la aventura de David Ribas en la India:

[EL OPERATIVO](#)

[EL ATENTADO](#)

[EL SECUESTRO](#)

[BOMBAY EXPRESS](#)

[BOMBAY SIN SALIDA](#)

[BOMBAY, ÚLTIMA VENGANZA](#)